

ANDRES IDUARTE

# DIEZ

ESTAMPAS

MEXICANAS

51

CULTA, DGB

MEXICO  
1971



FT  
864M  
DIE

SECRETARIA DE HACIENDA Y CREDITO PUBLICO

FT

12307

138

154

NT 105202

LIC. HUGO B. MARGÁN  
Secretario de Hacienda  
y Crédito Público.

LIC. MARIO RAMÓN BETETA  
Subsecretario de Hacienda  
y Crédito Público.

LIC. GUSTAVO PETRICIOLI  
Subsecretario de Ingresos.

C. P. CARLOS A. ISOARD  
Subsecretario de Egresos.

LIC. LUIS RIBA  
Oficial Mayor.

## DON FRANCISCO I. MADERO

Blanco, barbado, pequeñito, enfebrecido de fe, bueno como el pan, humilde como San Francisco, siempre me ha recordado a David: su onda fue la que abatió a Goliat, gigante fue la Dictadura.

Al servicio de la causa del pueblo puso sus caudales y su vida, y la de los suyos. De él lo que más se recuerda es la sonrisa, la palabra dulce y cariñosa, hasta para sus enemigos. En su brega no faltaban, a su hora, los soles y los rayos, pero aun en su fuego había ternura de creación, calor de hogar. Nadie dijo del Dictador cosas más desapasionadas, más justas, y hasta el último momento, hasta el último límite, lo llamó a la verdad con la razón más serena, más lúcida, más cordial, a despecho de los violentos que no alcanzaban la mejor fuerza del hombre. Todavía no se ha visto bien cuanta sangre evitó, con haber habido mucha, ese juego milagroso entre la admonición y el combate, de la admonición que no frenaba sino fortalecía su combate. En éste, nunca usó el odio: no lo sentía, no lo conoció, lo había dejado en los remotos orígenes del hombre común; ni en el poder la venganza: había venido precisamente para desterrarla. Envuelto en la luz bicnechora, en ella cabalgó sin desmayos, en ella descansó sin temores y en ella murió sin flaquezas.

No le entendieron quienes no tenían sus quilates, y lo siguen ignorando quienes no lo han leído. No fue un erudito, no era un escritor, pero sí un hombre ¡y qué hombre tan alto y tan hondo!: de los que saben más y escriben mejor que los eruditos y los escritores: llegan arriba y adentro, al cielo y al corazón, y él llegó a los del pueblo. La jauría

lo mordió y él no tuvo más que compasión por la jauría: a mil codos de ella, no la temía sino la amaba, triste parte, pero parte, al fin, de la Humanidad que era su arcilla.

Alzó a todo el país como sin esfuerzo, porque su fuerza era mágica. Con el dedo meñique levantó un mundo, y le enseñó el camino. No perdió la sonrisa ni en la cárcel, ni en el sinsabor de la política, ni en la sangre del combate, ni ante la traición artera, ni aun en el mismo instante del asalto por la espalda, ni cuando rindió el espíritu sobre el polvo mexicano que tanto amaba. El sabio de la guerra lo quiso tanto como el rayo de ella. Juntaba a su derredor a los hombres como sin darse cuenta, y los mandaba en voz baja que no parecía de mando: el mando único y verdadero, el mando que no se siente, no imperativo, el aura y la seducción del justo. Para bien del pueblo voló a buscar; en medio de la tormenta, al hermano que se había hecho adversario, porque sabía que el pobre, aun en su ansia apresurada de justicia, tenía verdades ocultas más valederas que las suyas, que había sido rico; y lo trajo otra vez a su regazo, le dió el santo y seña, ya no para que lo siguiera en la vida, sino tras de su muerte y hasta la muerte.

En ésta, en su hora, sus enemigos lloraron. Al hombre fuerte, al Dictador, allá en su destierro de París —cuenta quien allí lo oyó—, “sólo un suceso le merecía juicios en voz alta”, el crimen que abatió a su David. Su asesinato no sólo llenó de luto los corazones, sino los iluminó y los lanzó a caballo, del Norte al Sur y del Sur al Norte, en la batalla por cuanto él había creído y querido para México. Su entierro lo siguieron no sólo los Angeles, sino los Villas salvados y sublimados por su luz: todos los hombres, todos, en los que él nunca dejó de ver y de sembrar y multiplicar lo angélico. La procesión no termina, y es el México de hoy, y no terminará hasta su más alto destino.

México va teniendo lo que él quería que tuviese, y lo tendrá más a cada minuto. No sólo tuvimos en él un rebelde, sino la esencia de lo mejor del hombre, como lo

tuvo Cuba en José Martí. Los que crecieron en el seno de la familia porfirista, de la privilegiada, no lo saben menos que los que crecieron en la revolucionaria. No se tapa el sol con un dedo, ni se escamotea la verdad cuando es quemante y pura. Todos llevamos su huella, que es la de la buena batalla, la de la guerra justa, la de la pelea sin odio. Sonrisa en la vida y sangre en la muerte, su semilla es invencible: es la del bien, bien plantada en México.

Hay dos vidas que por sí solas destruyen la pintoresca leyenda de la violencia mexicana. México tiene el privilegio de que el gozne del pasado y del presente esté en don Justo Sierra, otro hombre impoluto, bueno además de sabio, y de que el héroe del tramo más trágico de su revolución esencial sea este hombre dulce y pequeñito. No en balde, sino como signo simbólico —en él todo es simbólico— el Apóstol, meses antes de su muerte enterró con honores al Maestro, al otro mexicano grande de su tiempo. No es un azar —ya se ve— que en nuestra historia marchen juntos el ángel de la paz y el ángel de la guerra.

Columbia University  
Nueva York, 1960.



## ELOGIO DE DON LUIS CABRERA

A lo lejos se oye el fragor que sacudió a la patria, en lontananza se asoman los palos del monte que resistieron la tormenta. Solitarios tras el vendabal que barrió a los pequeños, más fuertes en sus profundas y largas cicatrices, lavados por el diluvio, probados por el viento, señalan los sitios donde la tierra fue más firme, la raíz más honda, el tronco más sólido, más ricas las ramas, más frescas las hojas, más hermosa la flor y más lozano el fruto. Bajo el cielo de todos los mexicanos alzan su majestad de ceibas y ahuehetes en el ancho campo que ganaron con su reciedumbre, y marchan hacia la historia junto a los que parecían más distantes y más distintos, sus iguales y sus hermanos en la supervivencia ante el mismo cataclismo.

Así está Luis Cabrera en la Revolución que rompe y derrumba, en la que crea y levanta, en la polémica que un día divide a la familia y en la comunión que finalmente la agrupa y la consolida.

Nacido de la clase humilde en una villa del Estado de Puebla, crecido en zona de buen español y fino náhuatl, templado en la faenas de niño y maestro pueblerino, llega a la capital de México con la riqueza esencial que a sus compañeros de las altas clases sociales iba a faltarles, irremediabilmente, para siempre. De impresor y corrector de pruebas, de reportero y periodista sería el camino que lo llevaría a la Escuela Nacional Preparatoria y a la de Jurisprudencia, y en el taller incómodo y en el aula bien ganada acabó de recibir la enseñanza en la que ningún otro de su generación lo aventaja. Y en *El Hijo del Ahuizote*, dirigido por su tío, el valiente Daniel Cabrera, encontró

el fuego que encendería su conocimiento de la injusticia social, bien aprendido en su cuna, Zacatlán de Puebla.

Quien haya necesitado alguna vez su consejo clarividente, quien haya tenido una sola ocasión de asomarse a su vida íntima, habrá visto brillar en sus ojos las dos llamas que les daban, una tras otra, su mejor luz: la inteligencia, la sagacidad, el tino, la sabiduría en el más cabal sentido de la palabra; y la bondad, la dulzura, el amor, la piedad. Todo lo perdonaba Don Luis porque todo lo entendía. Su experiencia estaba amasada tanto en siglos indígenas y españoles como en las escaseces de la fortuna. De estas dos raíces de historia y persona, de raza y hombre, brotan también otras características de su personalidad: el valor siempre reflexivo, la audacia y aun la temeridad cuando eran necesarias, la sorpresiva violencia en el ataque y el quiebre hábil y rápido en la defensa. Su memoria ancestral y su memoria personal sabían del dolor y conocían al hombre. No, ni la vida de los suyos, ni su infancia fueron un lecho de rosas. No, nunca se hizo Don Luis ilusiones de nada ni de nadie. Casta de centurias, pueblo viejo, escoleta en sangre están a la vista en este mexicano tan típico como excepcional.

De sagacidad y estudio están hechos sus alegatos de abogado, sus batallas de postulante en nuestros tribunales. El joven profesor de Derecho Civil y el Director de la Facultad añadía a su buena base teórica la consagración con que se ponía a la tarea práctica, el hallazgo que daba originalidad y brillo a su argumentación, la enérgica convicción que lo hacía defender todas sus causas como si fueran propias, la frialdad ardiente o "la pasión fría" con que recibía los más inesperados reveses, la inagotable imaginación para contestarlos, la mordacidad y el sarcasmo en unas ocasiones y el desenfado amistoso y aun cordial en otras y, en suma, la inmensa gama de sus recursos legales y personales.

Pero es en la lucha política, sin duda, donde Luis Cabrera registra sus más históricos aciertos. El ataque de frente a los llamados “científicos”, la pasmosa exposición de los cargos concretos, la escalofriante y burlesca lista de los negocios y las canongías, la traviesa invitación a que los denunciados rectificaran el nombre de sus padrinos y compadres, la intencionada mención de un posible conflicto entre los “científicos” y el General Díaz, la legítima y mañosa sugestión de que los fieles del Presidente estarían en minoría, son un brillante e increíble juego de la inteligencia contra la fuerza, un impávido desafío del doncel sin espada ni coraza frente a los viejos poderosos armados hasta los dientes. No hay nadie más temible que el hombre inerme, parece decirnos Luis Cabrera, así como en Cuba José Martí dijo que trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras. Y como ritornelo o estribillo de la más honda trascendencia, suena y resuena en sus artículos el consejo, eco de las entrañas del pueblo, y el llamamiento al Dictador, sin irreverencia pero también sin halago, de que tome el camino que poco después se llamaría “del Ipiranga”.

No menos certera es, en su selección de hombres para un buen gobierno, la del futuro Primer Jefe Venustiano Carranza, entonces sólo en la premonitora cabeza de Cabrera. De igual puntería y patriotismo en su elaborada e irrefutable invitación a De la Barra para que no lance su candidatura, con la que la zajó de cuajo. Y hay un noble apremio y un aire dramático en su palabra cuando advierte al apóstol Madero de los peligros de la transacción de Ciudad Juárez, y en su “guay de usted” se ve ya en negras letras la siniestra fecha del 22 de febrero.

En ninguno de los alzamientos populares que han hecho y hacen la historia de las libertades humanas se encontrará artículo más lúcido y creador que “La Revolución es revolución”, precisamente por lo que hay en él de necesario e inaplazable arrasamiento de las fuerzas que la frenaban y la confundían, donde toca y abre la sangrienta llaga, y sin

alzar la voz. No alzarla nunca, ni en medio de los huracanes, fue la constante lección de Cabrera. Mientras los frenéticos los desencadenaban y lo revolvían, este mexicano clásico los domeñaba dentro de sí y decía sus verdades rotundas en el medio tono, templado y pulido, de nuestra volcánica y nevada altiplanicie. Y en la yema de sus finos dedos mostraba la almendra de la Revolución.

No menor reconocimiento merece su discurso del 3 de diciembre de 1912 en la Cámara de Diputados y cuanto con otros auténticos revolucionarios hizo antes y después en favor de la reconstrucción y dotación de ejidos para los pueblos, hasta dejar su huella en la Ley de 6 de enero de 1915 y en la Constitución de 1917. Ni tampoco debe olvidarse al diplomático que parte a Washington a sortear las dolorosas alternativas de la expedición de Pershing, ni perder de vista al que obligado por las circunstancias sigue sirviendo sólo con su consejo desde Suramérica. Quien se enfrenta a la deuda de la Revolución y, a como dé lugar, la empareja, es Cabrera; y es él quien polemiza con el General Alvaro Obregón sobre tema tan candente que ya es el anuncio de otro gran drama de nuestra historia.

El reyista sincero y pronto arrepentido, el que con tantos compañeros ilustres funda el Partido Antirreeleccionista, el dos veces diputado y dos veces Secretario de Hacienda, el que condena los Tratados de Bucareli, el exiliado de 1931, el que vuelve de su destierro a pelear por sus derechos de ciudadano, el empujado opositor de casi todos nuestros gobiernos, el dos veces precandidato a la Presidencia de la República ¿no escribe así mucho de los capítulos más significativos y coloridos de la historia contemporánea de México? ¿Quién puede pasar los ojos por ella sin encontrarse con la mercurial y conuscante figura de Cabrera?

Inquieto y movedizo como el azogue, alerta por la noche y por el día, está en todas partes. En la polémica se llama el "Lic. Blas Urrea", y "Lucas Ribera" en la poesía. La variedad de sus anagramas muestra la multiplicidad de

sus actividades y, a la vez, los casilleros de orden y método que daba a cada una de ellas. Si le preocupa el pensamiento, no menos le inquieta el idioma: forma vocabularios, estudia las lenguas indígenas en su fuente, se esmera en cuidar la propiedad del español de su tiempo, acude con oportuna gracia a los giros propios de México y, por ejemplo, con una chusca cuarteta ensarta a sus cuatro adversarios de la XXVI Legislatura. Tras de pelear en la plaza pública y de disertar en el salón de conferencias, lee con recogimiento, escribe sus versos y traduce al español los ajenos en su extraordinaria biblioteca, hecha a pulso, con su breve peculio de infatigable trabajador, en paciente y tesonero empeño de toda su vida. Y cuando este hombre vital se derrumba a los setenta y siete años, nos deja su enseñanza excepcional que es, entre otras muchas que requieren largo espacio y hondo estudio, la de haber sabido decir siempre su verdad, a toda hora y durante todos y cada uno de los días de su patriótica, dinámica, disciplinada y virtuosa vida.

“Yo, solo, he batido más hombres con la pluma, que ustedes con el rifle”, dice a sus contendores militares en uno de sus más conocidos debates. Y sin que para él ni para el mexicano de ayer y hoy valga menos el rifle que la pluma, es un hecho que gracias a ésta siguen resonando hoy los disparos de quienes se batieron por el pueblo en todos los confines de la patria.

Así lo evidencia este volumen donde el espíritu y la palabra de Luis Cabrera nos dejan la estampa de una de las horas más tremendas y creadoras de nuestra historia.

Nueva York, 1966.



## HA MUERTO DON ADOLFO DE LA HUERTA

Terminaba yo una serie de clases sobre la Revolución Mexicana en mi curso de Historia de América, en Santiago de Cuba, cuando una de mis mejores alumnas me dijo:

—¿Sabe usted quién ha muerto en México?... Lo oí anoche, por la radio...

—No sé, no sé nada —contesté con la temerosa voz de quien, en sólo cuatro meses de ausencia, ha visto irse de este mundo, desde lejos, sin acompañarlos, sin estrecharles la mano, a tres amigos queridos.

—Don Adolfo de la Huerta... Y conste, profesor, que sé y sabemos todos sus estudiantes cubanos quién es, quién fue, y que no lo confundimos, como a menudo se hace fuera de México, como usted nos recomendó tanto que no lo hiciéramos, con el general Victoriano Huerta.

La clase tomó otro rumbo, volvimos los ojos al pasado con la pena de sentir cómo la muerte lo hace cada día más pesado, y también con la alegría de poder decir, ante la partida de nuestro viejo amigo, que no es cierto que la historia de México esté sólo llena de sangre, que no es verdad que todos los hombres de nuestra tierra se caractericen por el ceño cruel, la mano dura y el alma carnícera. Porque, dentro de México, y fuera de él, es lugar común la afirmación de que los mexicanos desprecian la vida propia, y, sobre todo, la ajena. El corrido truculento, la película matonesca y el chiste helado y sacrílego, que utilizan como elemento de gracia macabra la fría familiaridad con la muerte sangrienta y el regodeo sobre cuanto de tremebundas tienen nuestra historia y nuestra vida cotidiana, han llevado al extranjero —incluso al que realmente no lo es, a

estas Antillas que nos aman y nos estiman, a esta fraternal isla cubana— la impresión de que no es posible actuar y vivir en México más que con las mandíbulas feroces de los tigres de dientes de sable del periodo cainozoico.

Don Adolfo de la Huerta nos había servido en clase para demostrar que no ha sido siempre así, para insistir en el mentís que empezamos con don Justo Sierra y seguimos con don Francisco I. Madero. No se piensa bastante en la significación de que la figura más destacada del porfirismo haya sido un sabio generoso a quien un hecho de sangre que le hirió el corazón en plena juventud —la muerte de su hermano Santiago en lamentable lance de honor— lo llevó a la reprobación permanente y abierta, ya heredada de su noble familia de Campeche y Yucatán, de cuanto supiera a valentonería y a violencia; ni se ha señalado todavía bastante el hecho de que este hombre de prédica y conducta bondadosa haya sido y siga siendo, entre todos los que pertenecieron al viejo régimen, el escogido por la Revolución para rendirle honores y seguir su lección, aún en las horas más conturbadas de México. Tampoco se reflexiona en la trascendencia de la ternura y el cariño que el pueblo mexicano ha puesto y pone en don Francisco I. Madero, en aquel pastor franciscano y pequeñito, valiente y candoroso, sacrificado siniestramente por los humoristas viles, primero, y luego por los torvos ascinos, cuando gobernaba sin ira ni maldad. La consagración del Macstro y del Apóstol son pruebas patentes que contradicen la malsana versión de que los mexicanos rendimos más culto a la ponzoña de la serpiente y a las garras del águila que a sus fuertes alas. Padecen los buenos, y mueren en su sangre, como en todo el mundo, desde que es mundo; pero triunfan en vida y después de la muerte de toda la vil estrategia de la víbora que se arrastra, del buitre que devora, del aparente vencedor que sólo lo es por un instante, cuando puede golpear de arriba hacia abajo. Siempre me ha causado risa que se crea que el hombre noble es un inerme,

porque, en realidad, es el mejor armado de todos. No hablo de su gloria póstuma, vanidad de vanidades como toda gloria, sino de la vida eterna de sus principios y de sus valores morales. Allí están esos dos hombres cordiales que al parecer inermes vivieron con sus libros y sus escuelas, con su fe política y su gobierno cristiano, y que hoy están más vigentes en México y en América que todos los astutos a quienes el primero toleró y resistió en años de inevitable colaboración oficial, y que todos los rudos peleadores a quienes el segundo se enfrentó con una sonrisa, o condujo a llorar ante su fosa.

Por este prólogo llegué yo, en mis clases de Santiago, y ahora en las de Santa Clara, hasta don Adolfo de la Huerta. Pero como mis compatriotas, y sobre todo sus contemporáneos, lo conocen mejor que yo, sólo me queda contar aquí, para los más jóvenes, la experiencia mía, sin duda muy parecida a la de todos los que se cruzaron en la vida con él, como yo, y a la de quienes junto con él recorrieron corto o largo trecho de ella.

Era el año de 1923, cuando los adolescentes que teníamos dieciséis años éramos, como debe serse en la adolescencia, rebeldes frente a los gobernantes. Queríamos que se cumpliera el espíritu de la Revolución Mexicana, en cuanto tenía de justicia para todos, para los desheredados por quienes se había hecho y quienes acababan de hacerla, y de dignidad ante el extranjero. No entendíamos las transacciones políticas de los hombres que ejercían el mando, y en los periódicos estudiantiles, y en aulas y corredores de la Escuela Nacional Preparatoria, las calificábamos de claudicaciones y traiciones. No sólo nos animaban los ideales de justicia nacional y universal, sino también —¡qué duda cabe!—, las pasiones de nuestro contorno. Tabasqueños, no creíamos en la prédica revolucionaria, y menos en la práctica, del gobierno de nuestro Estado, a cuyo gobernador, el licenciado Tomás Garrido Canabal, atacábamos virulentamente, en letras y en palabras, con furia menos peligrosa

que la que él ponía, con hechos, en sujetar y destruir a sus enemigos. Entonces se produjo el alzamiento delahuertista, en el que tomaron parte militares y civiles allegados a nosotros por el cariño de sangre y por la identificación política, y fuimos, natural y apasionadamente, delahuertistas. No entendíamos ni queríamos entender las reflexiones de mucha raíz y largo alcance que nos hacían los políticos del gobierno, ni nos importaban las tesis, las teorías y los números que nos mostraban sociólogos y economistas, maestros y compañeros de la Escuela y de las Facultades, seguros de que la Revolución estaba encarnada, a pesar de todas sus desviaciones y concesiones, en quienes gobernaban y no en quienes se les oponían. Era edad para creer y condenar, y no para medir, sopesar, ponderar, precaver... Pero, sobre todo, los dieterios y las burlas contra don Adolfo eran lo que más nos fincaba en el delahuertismo:

—;Cómo va a ganar la insurrección si él dio órdenes de que en la batalla de Esperanza no se matara a nadie, en que sus soldados tiraran sólo a herir a los contrarios en las piernas, abajo de la rodilla!...

El infundio caricaturizaba su bondad, y sabíamos que era caricatura. Esta nos hacía tenerle más simpatía a aquel hombre cuya nobleza daba pie para que se le presentara como un ingenuo perdido en el mar de sangre. Era mentira ¡y qué bueno que la dulzura engendra en los viles tales mentiras!... Desde que por primera vez supimos de él, cuando en la prensa de 1920 apareció su fotografía de hombre civilizado, sentimos en su mirada que nos encontrábamos ante un hombre bueno, que no es lo mismo, como suponen los que no lo son, que un simple buen hombre.

Lo seguimos luego en la derrota, desde lejos, con los ojos puestos en él y en los parientes nuestros que lo acompañaban y que tomaron el camino de la selva rumbo a Guatemala. La mofa continuaba, de peor manera, porque era útil y práctica, porque acercaba a los triunfadores, porque hacía ganar terreno entre quienes habían vencido. Se

hacían bromas sobre su refugio en Los Angeles de California, sobre las clases de canto que allí daba a jóvenes artistas. Nosotros no veíamos vergüenza alguna en lo que las lenguas viperinas presentaban como ridículo, sino todo lo contrario. El ex Presidente, el ex Ministro, no tenía cuenta en el Banco; no se había llevado mochilas llenas de oro; no recibía subrepticamente sueldos de sus enemigos; sino enseñaba lo que sabía y amaba, en la modestia de un hogar virtuoso. ¿No estaba la vergüenza, precisamente, en quienes creían que lo era aquella lección de valentía y de ética?... En la humildad del destierro, en el esfuerzo callado, en la buena música, don Adolfo acrisolaba su espíritu.

Años después, en charlas con mis primos y mis tíos que tomaron parte en la aventura, y luego paseando, charlando, leyendo viejos papeles con aquel campechano vital y generoso que fue el licenciado Rafael Zubaran Capmany, con cuyos mundanos sesenta años hizo entrañable amistad mi juventud, pude juzgar los aciertos y los yerros del jefe de la insurrección. A pesar de ser todos ellos hombres muy diferentes, y de las divergencias que en la guerra y en la derrota tuvieron con don Adolfo, de su plática salió fortalecido mi aprecio moral por el vencido. Y en 1938 ó 1939, cuando acababa yo de llegar a Nueva York, tuve la oportunidad de conocerlo en la casa de Rafael de la Colina, entonces Cónsul General de México, y desde entonces hasta 1952, fecha de mi traslado a la patria, juntos los tres, o en mis visitas al hotelito en donde se alojaba don Adolfo, por Pennsylvania Station, oí su emocionada narración de los hechos pasados.

Le importaba mucho que se conociera su actuación política, y le dolía que se la maljuzgara. Humildemente, con humildad poco común en el político, se inclinaba a contar ante los jóvenes, repasando acontecimientos y fechas con pasmosa memoria, y juzgando a adversarios y enemigos sin rencor ni malevolencia. Conmovía oír cómo se le quebraba la voz en su defensa, con una emoción que hacía sentir el

momento de la trágica pelea y el de la derrota militar; apenaba palpar cuánto le pesaban la reprobación de los mal informados y la murmuración de los infames; admiraba y confortaba aquella preocupación vieja y constante, larga y continua por destruir los cargos que se le habían hecho y se le hacían, desde los más graves hasta los minúsculos, expresión de su sentido de la trascendencia de la vida, de la responsabilidad del hombre de gobierno y de la propia y segura estimación de quien sabía que nunca había pecado, ni menos delinquirido. Sus recuerdos eran nítidos, porque la incesante cavilación de toda una larga vida les había descubierto a las cosas, a cada cosa, todos sus costados. Y, quizá sin darse él cuenta, lograba más pronto y más hondamente de lo que suponía, su empeño y su ansia de que se le hiciera justicia. No pedía perdón, sino entendimiento. Con la firmeza de quien obró por convicciones, con la fuerza de quien tiene en la yema de los dedos el accidente que no lo dejó obrar como quería, presentaba su historia, que es un capítulo de la de México. El que lo escuchaba sentía crecer su estimación por aquel hombre, que podía presentar y presentaba al desnudo su pasado, y multiplicarse el cariño por un corazón sensitivo y a la vez fuerte ante la injusticia, la difamación y la calumnia.

Su amistad era cordial, tierna y uniforme. No era la muy común *amistosisdad*, parlera y engañosa, del jugador de bolsa. Sus visitas, sus cartas, sus llamadas telefónicas, sus dedicatorias, sus atenciones, no aumentaban en número ni en tono en los tiempos buenos de sus amigos, ni disminuían en los tiempos malos. Nunca podía pensarse que eran cálculo egoísta, ni pobre maniobra. Si podía servir, allí estaba don Adolfo; si no podía, lo decía sin ambages; y si, en nuestra modestia oficial y personal, creía que podíamos servir a él, procurarle un contacto, tocar una tecla, hablaba con esa franqueza clara y campesina que es una de las más hermosas virtudes de los sonorenses. Ocasionalmente nos encontrábamos, después de 1952, en las calles de México;

pero de manera muy significativa, tuve su visita y su compañía, en mi oficina y en mi casa, en los dos conflictos mayores de mi actuación como Director de Bellas Artes. Fue amigo, amigo de verdad, porque era hombre cabal y hombre de bien.

No he juzgado —ya se ve—, al político de la Revolución, al Presidente de 1920, al rebelde de 1923, ni al funcionario consular y diplomático de la última época. Si un día escribo la historia de la Revolución Mexicana, que el diario trabajo y la agitación de Nueva York y de México ha dejado en unas cuantas cuartillas y en un desorden de papeles, cumpliré la promesa que le hice en el sentido de estudiar su capítulo por encima de mi cariño de amigo, en lo que insistió, hombre honrado y seguro de su rectitud, siempre. En *Un niño en la revolución mexicana*, libro que no es historia sino rememoración emotiva de un tramo de la vida de México, lo recordé, hace sólo unas semanas, con el mismo cariño que pongo ahora en estas letras, a la hora de su muerte.

Las dejo sobre su tumba, tan lejos y tan cerca de ella.

Santa Clara.  
Cuba, 1955



## SEMBLANZA DE DON ISIDRO FABELA

¿Cuándo oímos por primera vez el nombre de Isidro Fabela?... Quizá a los siete años, de 1914 a 1917, allá en Tabasco, o en Campeche, o en Yucatán, en las calles y en las plazas sacudidas por la cabalgata de los peleadores, en los cuarteles donde nuestros *juanes* se hermanaban con los *guachos* venidos del Centro y del Norte, en las veladas familiares pobladas de disparos, de temores y esperanzas, con el corazón apretado por la ocupación norteamericana de Veracruz... O más bien después del torbellino heroico, cuando las palabras de los civiles sustituían, en el alma trémula de la infancia, la seducción de las cartucheras. Sí, tal vez entonces: la letra llega después del arrebató, la doctrina prende en el surco regado por la emoción y la sangre.

¿O fue cuando el sacrificio de don Venustiano Carranza, en nuestra vivienda de la calle de Zacatecas de la capital de México, vecina a la del General Mariel, que para nosotros los niños simbolizaba el poder y, de pronto, pasó a ser la imagen del abandono y la derrota?... Allí supimos del comienzo y el desenlace de la dramática peregrinación del mandatario viejo y barbado, arrogante y austero, a quien unos días antes habíamos visto desfilar, entero y enhiesto, por la Avenida Madero. ¿O fue en el momento del primer y más lancinante estupor de nuestra vida, en otra casa trágica, en la de la Colonia Cuauhtémoc, cuando temblamos de ira y horror ante su cuerpo yerto, rodeado de fieles llorosos y altivos?...

En los oídos de los niños de mi generación, el nombre de Fabela suena junto al de otros maderistas y carrancistas,

en una nebulosa de recuerdos. Es parte —y eso es lo que importa—, de un profundo sentimiento patriótico, revolucionario, idealista, justiciero, a la vez vital y doliente: fe en México, ilusión de un gobierno del pueblo y para el pueblo, fraternidad sin privilegios de arriba ni miserias de abajo, vertical decoro frente al extranjero y ya, desde entonces, ante los avatares de la lucha, el escalofrío de ver caer a los valientes revueltos en su sangre. Con la encendida envidia infantil de andar nosotros en los campos de batalla, algún día, rodeados de la fanfarria miliciana y de las canciones de guerra que aprendían nuestros labios, de vivir entre cornetas y clarines defendiendo la libertad, y aún con la de morir como aquellos hombres de roble en el paredón del fusilamiento, teníamos ya también la de ser como los de levita y corbata que escribían y penaban, se iban al extranjero y volvían a pelear con la pluma y la palabra, y ponían a toda hora su vida y su muerte, no menos ejemplares, al águila o sol del bien de México. Sabido o no, claro o confundido con el de muchos, el nombre de Isidro Fabela está en la música trágica que enardeció nuestra niñez de hijos de la Revolución Mexicana.

Tras los años de la Preparatoria, y los de Leyes, en que lo seguimos en la prensa y en los libros, llegó, de manera inesperada, el primer contacto personal. Fue en el París de 1928, cuando representamos a nuestros compañeros de la Universidad en un Congreso Internacional de Estudiantes. ¿En la Ciudad Universitaria del Parc Montsouris? ¿O en cuál de los grandes salones de reunión parisiense? . . . Allá conocimos a don Isidro, que fue nuestro consejero mayor, y el más fino, discreto, comprensivo y fraternal en el ataque enderezado contra la injusticia de todas partes: frente a la política de los Estados Unidos en Centroamérica y el fascismo naciente que nos llegó con los *camisas negras* de Italia, en apoyo de los jóvenes españoles que combatían a Alfonso XIII y al General Primo de Rivera y anunciaban la República, junto a los hispanoamericanos que desafiaban

a sus espadones, en el empeño que produjo la Confederación Iberoamericana de Estudiantes... Uno más entre nosotros —de espíritu tan joven como el más juvenil de los jóvenes, y más sereno que el de todos—, fue entonces don Isidro: su experiencia organizó nuestros debates, nos enseñó maneras hábiles pero nunca tortuosas, suavizó la pasión sin pretender extinguirla cuando era legítima, abrió nuestros ojos para entender y aprovechar las limpias divergencias y, en suma, acrisoló el fondo y depuró la forma de nuestro pensamiento, encabalgado en el ímpetu de los veinte años. Mexicanos, hispanoamericanos de todas partes y españoles de la España nueva guardamos, desde entonces, su consejo y su estampa en un corazón agradecido y memorioso.

En frío o, mejor dicho, con menor ardor, ya en la segunda juventud y en la madurez, el afecto y la estimación se galvanizaron. El diplomático y el escritor siguió defendiendo, con igual firmeza, siempre por encima de pasiones y sectarismos de grupo y de partido, la causa de nuestro pueblo: artículos, ensayos, libros nos llegaban a México, a Madrid, a París, a Nueva York, a La Habana, y era el mismo Fabela reflexivo, contenido, con el fiel en la cruz de la justicia y la verdad. De la misma manera insistía en la defensa de los pueblos hollados por el nazismo, con la más devota emoción puesta en la causa de los españoles caídos con honra en la desigual batalla, y en la de los hispanoamericanos celosos de su soberanía, a la que ha dedicado sus mejores estudios jurídicos.

No hubo palabra ni letra suya sin estricto apego a la política internacional de México. Empecinado, en nombre de nuestro pueblo y para el bien de todos en el amparo de los débiles, puso igual energía en la polémica que atañía a la propia casa como en la que trataba del asunto al parecer más ajeno, y siempre sin odio, sin demagogia, sin arteria. Patriota y liberal, juriconsulto y humanista, nunca bregó por las justas causas de México y nuestra América ignorando o soslayando las de más lejos, ni jamás condenó a un agre-

sor para callar ante otro de signo opuesto o diferente. Enseña y conmueve ver en uno de sus últimos libros, *Paladines de la libertad* (México, 1958), sus trabajos admirativos para Jorge Washington como para Hidalgo y Morelos, Bolívar y San Martín, Madero y Carranza, Sandino... Desde 1927 escribió:

*“A los Estados Unidos les falta un hombre que, sabiéndose elevar por encima de los intereses bancarios y petroleros de Wall Street, deseara y supiera hacer el bien para restablecer el reino de la tranquilidad y la dicha en América. Necesitan un Cavour que no sólo pusiera su inteligencia, sino su corazón, en una obra indestructible de unión continental. Les falta un Gladstone que practicara su sabia máxima: “Adoptemos como línea de conducta obrar hacia las demás naciones como desearíamos que obraran con nosotros”. ¿Cuándo habrá en los Estados Unidos hombres así? Algún día, porque un pueblo que ha dado al mundo la probidad de un Jorge Washington, tendrá que producir figuras mucho mejores que las actuales”. (Los Estados Unidos contra la libertad, México, Cuadernos Americanos, 1955, p. 66).*

Treinta años después resonó su misma voz enérgica y cordial, que bien podemos llamar martiana porque nace del “decoro firme” y la “sagaz independencia” que preconizó y ejerció el gran cubano, apegada al bien y a la justicia para todos:

*“Toda la inverecundia que las empresas petroleras enderezaron contra México se estrelló en la coraza invulnerable de Roosevelt y la incorruptible conciencia de Josephus Daniels, que no sólo se opusieron decididamente a la intervención, sino que consideraron que la expropiación era un acto legítimo de soberanía que las*

*empresas afectadas debían obedecer, y el gobierno de Washington respetar.*

*“Del mismo modo que Woodrow Wilson contra el alud de las demandas de intervención en México, que lo sitiaba por todas partes, quiso y pudo contrarrestarlas con su espíritu justiciero y de honestidad.*

*“La Historia Universal nos enseña que los pueblos, cuando pasan por agudas crisis, encuentran su salvador, el hombre del momento histórico, el genio, el apóstol o el vidente que surge de las mismas necesidades populares como un producto de la naturaleza.*

*“Por esto creo que del seno mismo del pueblo estadounidense se levantará el nuevo redentor de América, el que, inspirado en George Washington, y poniendo sus plantas en la Casa Blanca y su alma en todas las naciones de nuestra raza, restaure en el Continente las fuerzas de la libertad, de la moral y de la ley”.* (Historia diplomática de la Revolución Mexicana, México, Fondo de Cultura, 1958, pp. 370-371).

Estudioso, de vasta lectura y rigurosa disciplina, hombre de gabinete, conocedor de su carrera diplomática en su esencial base jurídica y también en las maneras tan mexicanas de su trato exquisito, no dejó nunca de ser —milagro poco frecuente—, un hombre de carne y hueso, de corazón bien puesto y espina dorsal inquebrantable. Por el hombre supo pelear en la Revolución Mexicana, y por él siguió peleando hasta hoy, enfrentado a mil daños materiales y a la pérdida de posiciones vistosas cuando su deber moral estaba en juego. En sus *Cartas al Presidente Cárdenas* (México, 1947, p. 13), le dijo: “Al escribirle lo haré expresándole mi pensamiento con toda franqueza, pues considero que el diplomático que con su Gobierno y su Presidente no pro-

cede con libertad de criterio, ni es un eficaz funcionario ni dará prueba de leal adhesión...". Quienes tengan la idea del *diplomático* al uso, del que realmente no lo es, sometido a los intereses de los poderosos y deformado por el protocolo, encontrarán en Fabela la estampa del verdadero, del auténtico, del que merece ser llamado representante de su patria y de su pueblo.

Su vida afanosa de funcionario no impidió a don Isidro abordar otros temas, acercarse a la obra de creación y a la crítica literaria. De su buena puntería para acertar en el elogio del mérito, son testimonio sus artículos sobre mexicanos tan ilustres como Alfonso Reyes y Diego Rivera y su despedida a Rómulo Gallegos, cuando el gran venezolano dejó el exilio de México para volver a Caracas, en febrero de 1958; y de su espíritu de justicia, por encima de los errores humanos, sus páginas sobre Manuel Ugarte, el escritor argentino cuyo haber supera con mucho al deber político de sus últimos años. Y no menos podría decirse de la dedicación de Fabela a otras muchas disciplinas.

Los que conocieron su vida privada pueden ampliar profundamente esta semblanza. Y los que no, podrán hacerlo con sólo leer la *Carta de Isidro Fabela a su hijo Daniel* (México, 8 de septiembre de 1951). Nadie es grande sin ternura. Para serlo, hay que tenerla en primer término. El amor paternal por los hijos que hizo suyos en el más dramático momento de la guerra de España, deja ver la diáfana pureza en que descansó el ardimiento del combatiente y el fervor del patriota.

Nueva York, 1960.

## AMADO NERVO EN SUS CARTAS

Amado Nervo era así, como lo creíamos, como lo sabíamos... lo decimos con alegría después de haber leído las cuarenta y tres cartas dirigidas a su íntimo amigo —“hermano” lo llama siempre—, don Luis Quintanilla y Fortuño, que acaba de publicar Ermilo Abreu Gómez en la Imprenta Universitaria de México con el título de *Un epistolario inédito*.

Hay documentos privados que traicionan: desgarran el velo de la hipocresía que el escritor puso ante el público para ocultar la entraña real y verdadera, o el que tendió la moda literaria y el patriotismo después de su muerte. Son muy pocos los hombres que puedan resistir, sin desdoro, la publicación del epistolario o del diario íntimo. Hay otros —como Nervo—, cuyas páginas confidenciales no hacen sino confirmar lo que él escribió en vida para el público. No, no hay engaño: éste era, éste es... Y hay también otros casos, los de aquellos a quienes ha mordido la calumnia callejera, el odio personal o político, en los que el archivo secreto pasa a ser un día la mejor defensa. Por lo que tiene de ratificación o de rectificación, la página no hecha para la imprenta viene a ser el definitivo revelado de toda vida.

Su literatura es lo que él quería que fuese. La vemos como él deseaba que la viéramos. De su “Hermana agua” —le cuenta a Quintanilla—, el gran venezolano Díaz Rodríguez le dijo: “Dichoso usted que puede escribir esas cosas”. Y añade Nervo: “Rubén dice que debo sentirme muy feliz y con la conciencia tranquila después de haber escrito el poemita”. Y da su propio, claro y sincero comentario:

*“Con la conciencia tranquila, sí, porque siendo literatura novísima no es literatura morbosa, porque es una obra cristalina, simple, ingenua y llena de sol; porque predica la vida, la “resignación” a la vida, el acatamiento de la vida, impregnado de un dulce misticismo panteísta, y eso es la verdad y eso quiero que sea mi literatura en el porvenir: linfa clara que sigue cantando blandemente su curso: aceptación de las leyes de la existencia. Todo es santo: el sol es santo, el verde de los prados es santo, el amor natural es santo; ecce Religio. Es bueno amar, trabajar, sufrir; es bueno besar a una mujer en la boca; es bueno beber un vaso de vino generoso que alegra el corazón del hombre; es bueno que se cumpla en nosotros la ley de Dios: sólo hay dos cosas malas; el exceso y la mentira”.*

Fue como lo sabíamos; pero, además, como él quería ser. Nunca se ha hablado de la energía de Amado Nervo, y ha de hablarse. Me refiero a la que le correspondía, a la de escritor: llevó firmemente el timón en la mano, y recorrió los mares y fue al puerto de la muerte como quería. Su vida y su obra son, entre las de los escritores hispanoamericanos, de aquellas excepcionales en las que se cumple el ansiado destino, venciendo las vacilaciones, dominando todos los obstáculos morales y materiales. Quería escribir, y escribió; quería hacer una literatura de linfa clara, y la hizo. Recordaba yo al leer este epistolario una justa frase de la *Antología* de Manuel Maples Arce: “su pacífica gloria poética”. La frase —olvidada, perdida en las trastiendas de la memoria—, iba tomando contorno mientras seguía yo el epistolario de Nervo. Y al escribirla al margen del libro sentí que venía de fuera, que no era mía, que antes la había escrito alguien: busqué y encontré. La coincidencia de quien juzgaba sus versos con la de quien leía sus cartas íntimas, consagra el juicio: paz, gloria, poesía.

Entre una serie de menudencias, alegres o dolorosas, salta en la página 75 el drama grande:

*“Muy querido hermano: me ha pasado la cosa más espantosa de mi vida: se ha muerto mi Anita. Después de veintiún días de enfermedad en que yo agonicé con ella, falleció el domingo 7 de este mes, a las doce y cuarto de la tarde. Hacía casi once años que vivíamos juntos en la más perfecta comunión de almas. Su muerte es una brutal amputación de mi corazón. En cuanto me serene un poco atenderé a tus encargos. Te abraza fraternalmente, Amado”.*

La carta es del 13 de enero de 1912. En la carta anterior (p. 74), del 28 de diciembre, había ya el anuncio de la desgracia, sin presentimiento ni vaticinios negros, dicha al amigo sólo de paso:

*“Yo también he pasado una Noche Buena... muy mala, y estos últimos días del año no pueden ser peores. Tengo a Anita con una fiebre gástrica que no cede, desde el 20 de éste, y me paso las noches a su cabecera, con la angustia de ver el termómetro clínico... Tú sabrás lo que es esto, y si consideras que es mi único bien en la tierra, comprenderás mejor”.*

De las cartas siguientes se desprende que Quintanilla —que estaba en París—, lo invitó a dejar Madrid y a pasar una temporada con él; pero Nervo no pudo ir porque en ese preciso momento el Ministro Béistegui renunció a su puesto, y el poeta tuvo que hacerse cargo de la Legación mexicana. En su carta del 20 de enero le dice al amigo:

*“...Además, Margarita, la sobrinita, está enferma. Se contagió de Anita y hace trece días que la tenemos en cama. Ya te figurarás la desolación de mi casa. Por las noches, una enfermita, una hermana de la caridad que vela... y un pobre diablo que llora en silencio. Nunca pude imaginarme tamaña desgracia. Creí siempre que moriría yo antes que ella”.*

Y en la siguiente, del 30 de enero, sigue el maleficio sobre el alma del hombre sensible y tierno, y a la niña enferma se suma un hecho mínimo, mínimo, pero que parece parte del aquelarre:

*La niña se había levantado ya, pero hoy ha recaído y tiene 39.10. ¡Sea por Dios! Estoy tan de malas que en la escalera de mi casa me mataron a mi gato negro, mi magnífico angora, que Anita adoraba y que toda la noche que estuvo tendida se paseó alrededor del ataúd oliéndola y tratando de comprender aquella inmovilidad inusitada y aquella frialdad horrible... En un momento de descuido, el único que hemos tenido en muchos años que hace que vive en casa, se salió, y uno de los proveedores, el lechero o el panadero, lo encontró acurrucado en un descanso... y lo mató de un palo... ¡porque sí!*

No es la tragedia de la muerte de Anita una ficción, ni *La amada inmóvil* un libro farfullado por un sensible y para sentimentales a secas, como alguna vez he oído decir por allí. No sacuden estas cartas menos que las mejores páginas del libro, sino más. No tengo éste a la vista, pero recuerdo que nunca me entusiasmó el prólogo. Otras cosas de dentro, sí; pero no el prólogo. Lo veía yo demasiado hecho, acaso hasta pensé en artificio como los antinervistas. Estas cartas nos dan la tragedia entera, pura, cierta, en su tremenda trivialidad diaria, convertida en gran hito de la vida para quien tenía un corazón. Desde allí se acaban los escarceos amatorios, y la religiosidad que Nervo traía desde la infancia se hace sólida y trascendental, y forma al espiritualista convencido... o casi convencido. En el "casi" estuvo su mayor torcedor interno, y es la fuente que más enriquece su poesía posterior.

Es curioso que en este epistolario, que comienza el 24 de junio de 1900 y termina el 13 de noviembre de 1913,

con cartas muy próximas las unas a las otras, haya un tramo ausente: de una carta del 30 de junio de 1901 pasa a otra del 5 de abril de 1911. Abreu Gómez recuerda en una nota de la página 76 que Amado Nervo conoció a Anita en París el 31 de agosto de 1901. Quiere decir que faltan todas las cartas que se refieren al encuentro con Anita, al comienzo de la pasión que se transformó en el “matrimonio de almas” que Nervo buscaba y no encontraba: en las cartas anteriores está mencionado su sueño de insatisfecho, de hombre tierno y solo. Es extraño que haya esa laguna en el epistolario. Es posible —no he hablado con Ermilo Abreu Gómez ni con Luis Quintanilla hijo—, que se hayan perdido; es posible que Quintanilla y Abreu Gómez hayan preferido esperar más tiempo para dar todo el camino del gran amor de Nervo. Y no cabe duda de que, si existen, deben ser publicadas un día: allí estará también la linfa cristalina de una gran pasión y una pura amistad que desafió y venció, más allá de la muerte, al encarnizado bisbiseo y al mordisqueo despiadado del burocratismo y la diplomacia. No sólo con sentido romántico, ni sólo revolucionario, sino profundamente humano, aquel *couple parfait* queda como lección de moral verdadera.

El epistolario es muy valioso, además, para ver la época parisiense de Nervo, y el París de entonces: aparece allí a menudo Rubén Darío —no sin diferencias personales con Nervo, cosa común entre escritores hipersensibles—; Manuel Díaz Rodríguez, Enrique Gómez Carrillo, Jesús Contreras, Ramos Martínez, don Justo Sierra, Carlos Díaz Dufoo... Sin ser abundantes estas cortas cartas en referencias a la vida literaria y artística de París, tienen algunas importantes, para conocer las aficiones de Nervo, para confirmar su conocimiento. Al hablar con entusiasmo de la trágica japonesa Sada Yaco y del lejano oriente, estamos una vez más ante el exotismo de los modernistas. De paso, Nervo recuerda su amor por los marfiles. También está en esas cartas una clave para conocer su intimidad de hombre joven, en plena

y madura juventud, en sus treinta: desde la *petite femme sage* del teatro francés, hasta la joven de "dieciocho años y cien palideces", hasta algunas caricias pasajeras a la inevitable hija de la portera parisiense, sin que tampoco falte en el archivo del buen hedonista el amor de una bella norteamericana de California. Otro lado curioso de este libro es la incesante lucha de Nervo por la conquista del pan: a precio de hambre vende sus libros a editores feroces, a precio de contemporizaciones conserva las colaboraciones periodísticas, a precio de paciencia aspira a la ayuda de algún Mecenaz. Sólo así puede disponer de los desvelos ambulatorios y de la falta de horas de oficina que el escritor necesita para elaborar, para crear y escribir su obra. Y otro punto ilustrativo del epistolario es la imprecisión política de Nervo, que no sintió la Revolución Mexicana, que puso alguna esperanza en Madero pero después vio la solución en la tremenda "mano de hierro", que no entendía que su amigo Quintanilla hubiera abrazado el constitucionalismo, que al fin tuvo que entender que se fraguaba el México nuevo al que iba a servir y que lo honraría en vida y en muerte. El hombre de otros mundos poéticos y espiritualistas, de torres de marfil y de residencias suprasensibles, no entendió el mundo revuelto y creador que se revelaba en la sangre de México. Pero por su amor al bien y a la belleza y por haberlos expresado con recato y medio tono tan nuestros, mexicanísimos, sigue y seguirá siendo —aunque hoy esté de moda negar su poesía de cabo a rabo—, un mexicano típico y un hijo predilecto de su patria.

Nueva York, 1951.

## ADIOS A DON ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

Lo ví —la última vez—, en el banquete a Manuel Gual Vidal. Y lo ví bien porque estaba sentado exactamente enfrente del Ministro de Educación, a cuya izquierda yo me hallaba. Oía yo su discreta voz, escuchaba yo su insinuante palabra, su mundana charla. Y cuando leía mis cuartillas no dejé de seguirlo, por encima de ellas: los ojos le chispeaban de cordialidad estimulante, la sagaz expresión se multiplicaba en una gama, tan numerosa como recatada, de atisbos e insinuaciones. Eso fue el 15 de diciembre de 1951. Y precisamente un mes antes, en la cena ofrecida a don Jesús Silva Herzog, coincidimos también en la misma mesa, él a tres sitios del agasajado, a la derecha, y yo a la izquierda. Cuando la excepcional generosidad de Fernando Benítez me presentó al público, cuando dijo sus bondades sobre mi ausencia y mi presencia, ví a don Enrique levantar su fina mano, como quien brinda, y oí sus dos emocionadas palabras... Hablé luego, y al pasar a su lado, de vuelta del micrófono, me abrazó y me dijo una brevísima frase: breve, pero qué significativa, qué bien colocada... “Comprender, recibir, dar, sentir...”, dijo alguien que la poesía es, y lo dijo, por cierto, pensando en González Martínez. Así fue, en verdad, su siempre juvenil espíritu: sagacidad, comprensión, entusiasmo, armonía.

Tiempo antes había yo estado, en compañía de dos amadas amigas comunes, en su casa de la Colonia del Valle. La conversación, franca desde el primer momento, se tornó en confidencial al sonar un recuerdo muy íntimo, que hasta cierto punto los dos compartíamos. Y a través de recuerdos

la charla pasó de los Estados Unidos a Francia, y a España, y a Hispanoamérica. Su mundanismo era tan cabal, tan de buena ley, que no caía nunca ni en la licencia ni en torcedura. Todo lo suyo tenía —como su poesía—, la vitalidad de la juventud y la sabiduría de la madurez. El ambicioso sueño de “si la juventud supiera, si la vejez pudiera”, se hacía completa conquista en aquella mente ágil y serena. Era tan mexicana que se pensaba siempre, al verlo, al leerlo, al oírlo, en la frase de Alfonso Reyes: “la región más transparente del aire”. Pero en el mexicano superior que fue don Enrique, el espíritu era siempre finísimo, nunca frágil. Conocía también los senderos ocultos, sabía escuchar la palabra del vicuto, percibía las señales furtivas, vivía bajo el signo mortal. No hay título de libro o poema suyo, no hay letra suya que carezcan de huída intención, lograda; de acierto en el blanco buscado. A la gracia se sumaba el tino, a la inspiración el dominio, a la intuición el conocimiento, al ensueño la vigilia. “La pupila alerta y la mano presta”, nos decía ese día don Enrique en alusión tan poética como picaresca.

Tan milagrosa composición hizo a este gran poeta, a este joven y sabio amigo, que ahora en febrero se nos ha ido. ¡Y respirábamos el aire de México y perdíamos sus mayores bellezas y sus mejores tónicos por no buscarlo todos los días!... Nos limitábamos a recibir sus recados y a mandarle los nuestros, a encontrárnoslo casualmente, a posponer la nueva larga conversación para la visita de despedida, que nunca hicimos. El pulso salta y el corazón se para cuando ve uno cómo se dilapidan las más legítimas riquezas, cómo se descuidan los valores más entrañables. Y esta sensación de irreparable pecado no creo que sólo sea mía sino que lo es, en mayor o menor medida, del país entero. Sintamos la advertencia, no esperemos a la muerte de los mejores, pongamos mano y pupila en los más altos blancos.

Revolviendo viejos papeles —tras de saber la muerte de don Enrique—, en este Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia, encuentro una entrevista publicada en *La Nueva Era* de Buenos Aires, reproducida después en el *Repertorio Americano* del 5 de enero de 1922. En ella habla don Enrique, entre otras cosas, de su diplomacia: “Soy un diplomático lo menos protocolar posible. Abomino el secreto de las cancillerías hasta el extremo de que, en un año de representante ante el gobierno de Chile, apenas habré empleado la clave mexicana para treinta palabras en mis despachos... En cuanto al protocolo, todo es cuestión, en mí, de buena fe y de respeto mutuos. El día que yo me entere que he cometido alguna indiscreción protocolar con cualquier persona, voy inmediatamente y le pido mis excusas... Estas son cosas que se remedian fácilmente, apelando a la buena voluntad de todos. Lo que no se remedia nunca en la conciencia es saber que se ha estado halagando con palabras y atenciones a un ministro extranjero y palmeándole la espalda en su propia casa, que nos presta hospitalidad, y luego se ha dicho lo peor de él en vocablos cifrados...”.

Esa era su diplomacia, para propios y extraños: buen juicio y lealtad. No entendía la otra, la de la mentira y el engaño, la del abrazo y la traición inmediata, la del ofrecimiento y la contraorden secreta, la del halago y la zancadilla. Hoy la América y el mundo culto de todas partes, se sacuden con la sola noticia: “Ha muerto en México don Enrique González Martínez”. El libro amado sale de la gaveta del buró en París, en Madrid, en Buenos Aires, en Managua; la biblioteca norteamericana saca de sus anaqueles todos los volúmenes de González Martínez para estos estudiantes deportivos y estas muchachas de melenas rubias de Berkeley, de Nueva York, de Wisconsin; en Checoslovaquia y en Rusia se habla de traducir sus obras... Su poesía, justa por la palabra y por el pensamiento; su poesía verdadera, auténtica, permanente, sin escuclerías, del cisne y del

buhu, del buho y del cisne, por encima del tiempo; su poesía de ideas —alguien la llamó así, con cierto dejo de reproche—, de ideas justas y nobles, de amor a la belleza y a la bondad, sin sectarismos limitadores, sin odios violentos ni soterrados, llega al mundo con el nombre de México. ¡Esa era su diplomacia!

En la misma entrevista tiene que tocar el problema político:

*“Ustedes saben —dice— lo que fue para nosotros el prolongado gobierno del General Díaz. Hay todavía en México y en muchas partes personas que se prosternan ante su nombre como ante el de un dios; y tuvo grandes condiciones, sin duda alguna. Yo mismo aplaudí algunos de sus actos de gobierno. Pero fue el suyo un gobierno despótico y excesivamente centralizador... De modo que el pueblo perdió todo contacto con la cosa pública”.*

Es visible aquí su conflicto político, que no ignoramos. No ignoro su porfirismo de época, ni tampoco su discutible huertismo. Y me atrevo a tocarlos, en esta hora de duelo, porque no cambian mi juicio sobre el hombre, sino lo confirman. Hubiera yo preferido —¡qué duda cabe!— verlo en los motines contra don Porfirio, recordarlo entre los que se le enfrentaron con don Francisco Madero, colocarlo en mi imaginación —con su pluma y, aún mejor, también con su pistola— al lado de quienes se levantaron contra Huerta y se ganaron, entre la sangre del pueblo mexicano, un alto puesto en nuestra historia política; pero ochenta años son largos para no equivocarnos ni una sola vez. No conozco, ni he encontrado en dos días de biblioteca, el alcance de su participación en el huertismo; pero estoy seguro de que fue completamente secundaria y, por supuesto, de que no le toca ninguna responsabilidad en los crímenes políticos de aquel régimen. Fue solamente el error producido en

muchos hombres de su generación por una educación cívica fatal —la de treinta y cinco años de porfirismo— que los unció al carro del caudillo y, lo más lamentable, que después de su derrota los hizo hallar su prolongación, ansiada como único remedio, en cualquier sangrienta y tenebrosa sombra. No compartió maldades, ni bajezas, ni latrocinios: es lo que importa. Y bien colmó de bondad y de rectitud, defendiendo causas justas y nobles dentro y fuera de México, el hueco que pudo dejar en su biografía aquel mal paso.

¿En qué infamia de aquel régimen, o de cualquiera de los posteriores, lo vemos envuelto? ¿Qué atropellos realizó, entonces o después, a la sombra de los poderosos? ¿Qué riquezas acumuló en vida, cuáles deja en su muerte? ¿De qué dineros del pobre pueblo mexicano se apoderó nunca? ¿Cuándo fue insolente su palabra, cuando el tono de su vida fue insultante para la miseria pública? ¿Qué causa generosa y desinteresada no tuvo su simpatía? ¿Dónde podría, pues, estar el dolo de su conducta? ¿Qué culpas pueden resultarle?... Sin dejar de repetir que el asesinato de don Francisco Madero es uno de los crímenes más espantosos de nuestra historia —si no el peor de todos—, sin callar nunca que la colaboración con Huerta es una afrenta, hay que decir también que no hay derecho a la sentencia ligera y fácil, rigorista, sectaria y ciega contra todo aquel que tuvo contacto o tangencia con el infame régimen, sin conocer antecedentes, sin distinguir diferencias, sin sopesar detalles, sin medir en toda su extensión la conducta del acusado. Se ha abusado del índice vindicativo y a veces el acusador es de los que ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Viejo procedimiento es el de ensañarse en el posible y discutible error de un hombre honrado —que a veces no llega ni a error porque no existió sino nació de especiales circunstancias deformadas por la subsecuente calumnia—, vieja perversidad es la de tender un velo sobre los crímenes de sus acusadores. Más útil para la patria sería, además de

ser justo, denunciar a quienes, disfrazados de servidores de nuestra Revolución Mexicana, se enriquecieron fabulosamente, defendieron al pueblo con sonoras palabras, aún se jugaron la vida en batallas o reyertas politiqueras como bandidos de leyenda. Dignos de oprobio son esos aventureros, y no el que haya pecado alguna vez, en medio de su grandeza moral e intelectual, y al día siguiente supo ponerse a vencer dudas y sombras sirviendo las nobles lides de la inteligencia y la bondad, en trabajo incesante, en vida fecunda y modesta.

Claro está que por encima de unos y otros destaca el hombre excepcional que siempre condenó el crimen político y el que, a la vez, nunca tuvo relación alguna ni con la codicia ni con la trampa. El día cercano en que un investigador acucioso e imparcial estudie la vida de don Enrique, quedará a la vista que aquello no fue más que un incidente, sobradamente superado por una obra literaria y una conducta que honran a México y a la condición humana. Porque don Enrique sí que podría repetir los versos de Fray Luis:

*¡Qué descansada vida  
La del que huye el mundanal ruido,  
Y sigue la escondida  
Senda por donde han ido  
Los pocos sabios que en el mundo han sido!*

*Que no le enturbia el pecho  
De los soberbios grandes el estado,  
Ni del dorado techo  
Se admira, fabricado  
Del sabio moro, en jaspes sustentado.*

*No cura si la fama  
Canta con voz su nombre pregonera,  
Ni cura si encarama*

*La lengua lisonjera*  
*Lo que condena la verdad sincera*  
.....  
*Un no rompido sueño,*  
*Un día puro, alegre, libre quiero,*  
*No quiero ver el ceño*  
*Vanamente severo*  
*De a quien la sangre ensalza o el dinero.*

No sólo los repetía don Enrique —a lo que, si bien se observa, muy pocos tienen derecho— sino que esta verdad y esta belleza están presentes en muchos de sus excelsos cantos. México, por cuarenta años, oyó decirlos a su suave y hondo poeta. Pero oír basta. Hemos de recoger bien la cierta y positiva riqueza que nos deja el gran hijo de México que acaba de terminar su “no rompido sueño”, su mercedido y bien vivido “día puro, alegre y libre”.

Nueva York, 1952.



## RETRATO DE RUBEN ROMERO

Conocí a José Rubén Romero en Barcelona a fines del trágico año de 1936. Nos unían ya amigos comunes excelentes —como don Pedro de Alba— y algunas atenciones unilaterales, es decir, de Rubén para mí. Y nos presentó Manuel Antonio Romero, tabasqueño como yo, ligado a mi familia desde la infancia, que entonces preparaba un ensayo sobre el Romero michoacano. Vivíamos los tres en el horno de España, en una retaguardia iluminada por la noticia del heroísmo popular que llegaba de los frentes, y en la que asomaban a diario sus tremendas fauces la venganza y el desenfreno, secuela inevitable de la traición militar que desgajó al Gobierno legítimo de la República. Aquellos antecedentes y esta atmósfera iban a producir que dos mexicanos radicados desde hacía años en España —él y yo— nos tratáramos con mayor espontaneidad que la que hubiera habido en circunstancias comunes. Sin embargo, hay que aclarar que no son indispensables estos factores para poder conocer a Rubén: su característica esencial es la franqueza, incluso cuando ella traiciona su interés y aun cuando él se proponga vencerla. En nuestro caso se sumó a esa virtud, que es su más alto quilate, el ambiente tenso en que vivíamos así como el terreno personal ya preparado por muy viejas amistades.

En el Consulado General de México, que estaba en la esquina de la Rambla de Cataluña y la calle de Córcega, nos vimos por primera vez. A los pocos minutos de conversación le dije, con franqueza pareja a la suya, que no había leído ninguno de sus libros. Con franqueza igual él me los

regaló todos, en seguida. Seguí viéndolo muy a menudo en su oficina y en su casa, y algunas veces tuvimos el privilegio gastronómico de sentarnos a su fabulosa mesa. Por primera vez nos llevó a ella Manuel Antonio Romero, y luego yo correspondí con igual espaldarazo invitando a Pablo Neruda y a otros amigos. No se trata sólo de un paladar enriquecido, sino también del corazón, porque era una alegría hallarse, tan lejos de México, con familia tan mexicana. Por encima de las delicias que hubieran asombrado al mismo Bernardo de Balbuena, estaba la conversación suave, graciosa, medida y aguda de los dueños de la casa y de sus hijos, y la voz y el acento dulcísimo de criadas michoacanas que manejaban con verdadero primor molcajetes y molinillos. Veía yo a Rubén, pues, mucho más que a sus libros; los dos vivíamos dentro de la diaria y gigante agonía; de modo que conocí al hombre de carne y hueso antes que al escritor. Pronto tuve la alegría de saber que éste era exactamente igual que aquél, sin la menor diferencia entre persona y literatura: jamás me han interesado los que tienen una cara en la vida y otra en las letras. Y de aquella identidad, descubierta y comprobada en Barcelona, parte mi arraigada admiración por su obra literaria, que tiene, como primerísimo mérito, el de la más redonda sinceridad.

¡Y qué valiente! Siempre lo es, pero más cuando saca a flote en sus libros aquellas entretelas del propio corazón que casi todos tapan. Su temeraria sinceridad al mostrar los más recónditos pliegues y escondrijos de su vida y de sus sentimientos, resulta aún mayor si se tiene en cuenta que es un hombre público y, por añadidura, un funcionario que puede ser blanco, y lo ha sido, de envidia y rivalidades.

Esta condición impetuosa y temeraria no está, por supuesto, sola. Si sólo ímpetu y osadía formaran la personalidad de Rubén, hoy no sería ni alto funcionario, ni escritor, sino hubiera muerto en la juventud, moral si no físicamente. No es un atrevido ni un imprudente a secas, sino que lleva muy buenas armas protectoras. Hombre de mucho sentido

común y con gran amor por la vida y sus placeres, exhibe sus debilidades humanas porque tiene muy fuertes escudos y sabe manejarlos con excepcional destreza. De suicida no tiene nada Rubén, y tampoco de sacrificado; pero es capaz de salir de su trinchera y ponerse en trance de muerte o de fracaso por lo que cree, y sobre todo por lo que siente. Así se explican y se entienden los gestos desconcertantes de este hombre emotivo y audaz en defensa del amigo perseguido y calumniado, frente a la mezquindad poderosa; o los que sostiene de súbito, contra la mala diplomacia —la insulsa y soberbia— cuando un principio sagrado nacional y político está en peligro de ser descuidado, o negado, o envilecido. Así también sus apuestas de jugador de *jai alai*. Cazurro y epicúreo, es, sin embargo, amante del escalofrío de la pelea por lo justo, y del escalofrío de la temeridad a secas.

¿Cuántos hombres y cuántos escritores habrían sido capaces de escribir tan atrevido autorretrato como su “Yo soy así”?

*Como un pavo real soy vanidoso;  
hago alarde de cosas que no tengo;  
en el amor soy falso y caprichoso;  
cobarde, ante el peligro me detengo.*

*Suelo ser indiscreto o mentiroso;  
de toda ofensa sin piedad me vengo,  
e indiferente al bien, por perezoso,  
con malas artes a vivir me avengo.*

*Tal soy: y en el exceso, sin reparo.  
Mas, a veces —contrito lo declaro—  
quisiera, desoyendo mi egoísmo,*

*enseñar lo que mi ánimo atesora:  
una gran compasión para el que llora  
y un poco de rigor para mí mismo.*

Semblanza que completan los cinco versos de “Mi silueta”:

*¿Soy bueno? ¿Soy malo? Yo no me lo explico.  
Amo a don Quijote, sigo a Sancho Panza,  
la virtud invoco cuando el mal practico;  
pero a veces siento que me purifico  
en la propia hoguera de mi destemplanza.*

Gozador y pecador empedernido, egocéntrico —no es lo mismo que egoísta—, de bondad y generosidad inalterables, Rubén ha sido aún más valiente de lo que se sabe. Capaz de ceder ante las fuerzas del mal, o de soslayarlas, salta inesperadamente en él la otra mitad del ser humano, y vence a la primera, y ese momento —como en la confesión religiosa, cuando es honda y leal— lo salva para la tierra y el cielo. Esta nobleza íntima es su mejor loriga, la que mejor cubre sus descubiertas flaquezas, hasta el punto de que sus enemigos las ven pero no las hieren.

Hablando de un hombre diferente de Rubén, de un antípoda suyo, de José Martí, dije hace ya muchos años: “Su biografía podría escribirse con sus propias palabras. Como todo hombre entero, de personalidad sin costuras, la impersonal literatura no tuvo ningún interés para Martí. Por igualdad y por diferencia se llegaría, leyendo todos sus escritos biográficos, a conocer palmo a palmo la vida del hombre. Como todo aquel que está satisfecho de su vida, Martí vive en cada una de sus páginas desnudo. Como todos los grandes convencidos de sus actos, Martí fue un indiscreto. Vivió en público sin casaca, y no hay que pedir la verdad de su vida a sus camareros —no pudo descender a tenerlos y, de poder, nunca hubiera descendido—, porque, tan bien como los que lo conocieron en camisa, lo conocemos todos los que hayamos leído uno solo de sus libros. Vivió dándose, enseñándose, rasgándose el alma; y quien lo intente podrá tomársela toda entera”. Esta cita, hecha al

correr de la pluma, indica cómo la sinceridad hermana a los más distantes seres humanos. Virtud esencial, domina todos los aspectos secundarios.

Otras defensas de menos valor moral, pero de altura intelectual, están presentes en Rubén. Son la gracia y la maña. Su presencia permanente en su vida y en su obra, son parte esencial de su triunfo. Cuanto ha escrito tiene risa pícaro y picaresca. A quienes este hombre no pueda conquistar por su franqueza, los avasallará por la simpatía. El Quijote sale a la liza, se recoge luego y, con el ingenio de Lázaro y la palabrota del Buscón, vence la malquerencia más enconada y derrota el odio más activo. Esto lo ha conseguido todos los días el Rubén hombre y el Rubén escritor. Ese es el segundo secreto de su victoria.

Las raíces culturales hispánicas, muy vivas y muy visibles en este autodidacta, en este escritor nato —recogidas en su fina provincia michoacana y en toda nuestra tierra de México, más que en sus lecturas— hallaron buen momento para florecer. La Revolución Mexicana, heroica y picaresca, quijotesca y sanchopancesca, sublime y pequeña como toda sacudida social verdadera y profunda, dio ancho campo a este escritor sensible y alegre, creyente y escéptico, trascendental y burlón. Montó sobre el oleaje, llegó a la mar abierta, bajó a sus revueltos fondos, se purificó en la espuma de sus orillas, conoció y convivió con sus sales, con sus yodos y sus basuras, y sintiendo y llorando y riendo construyó un tipo de novela autobiográfica, o de autobiografía novelesca, que resistirá el paso del tiempo tanto como la obra de Mariano Azuela y la de Martín Luis Guzmán, que forman con él la vanguardia más valiosa de la novelística mexicana. Toda la de Rubén es una continuación de la novela picaresca clásica, de la de España y de nuestro *Periquillo*. En *La vida inútil de Pito Pérez* hay ya el propósito, nacido en Romero por sugestión de quienes habían leído sus libros anteriores, de hacer novela picaresca; pero no lo logra ni más ni menos que antes de que lo subconsciente se hiciera

consciente. La forma, el plan, la organización de las novelas de Rubén es lo que menos importa en sus libros, dañados ligeramente cuando deja de ser él para elaborar la trama o pulir el estilo. Para su fortuna, la presión de sus venas somete al cabo de un rato sus pasajeras preocupaciones escolares, artificiales, culpables de una que otra página falsa y desteñida. Las costumbres y los tipos de su época, el cuento popular y el chiste más o menos procaz, la sensualidad vital y retozona lo vuelven en seguida al buen camino, al suyo; y no sin rasgos muy propios, muy personales, lo incluyen en el común denominador de la novela picaresca tradicional, que borbotonea en risas y carcajadas en medio de toda la utilería peculiar de su tiempo y de su medio.

Este entronque de gran estirpe tiene para México, y para la América española en general, una excelente aplicación, una gran utilidad como antídoto o revulsivo contra el tono aristocrático del virreinato, que ha llevado la literatura y la lengua de grandes sectores hispanoamericanos a una contensión cursi, a un eufemismo empobrecedor. Un mexicano como Rubén, que lleva aires populares clásicos a la literatura, no es nada menos que un benefactor. Contra el esmero por escribir palabras suaves, por cuidar de una urbanidad reñida con la naturalidad, este escritor que coincide con Quevedo en fuertes dicharachos y cuentos verdes, sirve y fecunda.

Profunda humanidad, franqueza valiente de héroe y de pícaro, pluma fácil mojada en buena tinta de la tradición hispánica, atenta a la voz popular y a su buen gusto, existencia movida y memoria nostálgica han producido este excelente escritor. Sus novelas sacuden y conmueven por los muchos, ricos y paños filones de su noble espíritu, siempre sazonados por una leve tristeza, disimulada por la abierta y clara alegría: su ternura de hijo amante, su generosidad de amigo en todos los trances difíciles de la vida, su cordialidad hacia el pobre y su ataque contra el poderoso, su canto a la revolución y la condena de sus corrupciones. "Fresco,

neto y profundo”, dijo de él, sintéticamente, Gabriela Mistral. Las novelas de Rubén cosquillean hasta la carcajada, a la vez, por su humorismo socarrón, por su desenfado límite, por su buscado cinismo. Allí está la filiación picaresca, pero también en el diestro y amoroso repaso que hace de los tipos de su hermoso Michoacán, de sus lugares, de sus costumbres: un compendio de observaciones maestras y de largo alcance para las generaciones futuras. De sus novelas se ha dicho que carecen de vigorosa unidad: la unidad la da la vida del novelista, que es la mejor novela, como que se ha vivido emocionadamente y se ha contado con gusto y sin susto.

En su *Anticipación a la muerte*, Rubén aspira a que un día se diga de él: “Pequeño señor, gran señor, fuiste humano en pensamiento y acción, y como humano te recordamos”. Así se le recuerda y se le recordará, pero también por la gracia y la fuerza de una pluma temeraria, traviesa y aguda, que recoge la huella de una gran época y un gran pueblo, y que cuenta de su gran dueño lo que ninguna otra ha contado de los suyos.

Nueva York, 1946.



## EN LA MUERTE DE MANUEL TOUSSAINT

Mil veces lo vi en mis tiempos de estudiante de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Facultad de Derecho. En muchas ocasiones lo oímos. En México, y desde el extranjero, lo leí siempre.

Entre mis profesores y mis compañeros de entonces y de tiempos menos lejanos, no pocos eran sus amigos, y algunos, de su más cordial intimidad. Cuando volví de una breve estancia de dos años en Francia, y la bondad de don Pedro de Alba, entonces director de nuestra amada Escuela Preparatoria, nos regaló el privilegio y la prueba de dar clases de historia en ella, a los veintitrés años, conocimos aún más que antes la estampa, la voz, la vida del sabio y sensitivo maestro, cuando él cumplía los cuarenta. Era, en suma, de esas personas a las que se tiene siempre presente en la vigilia y en el sueño... Mucho tiempo después, a principios de 1954, tuve la satisfacción de estrechar su mano y de conversar con él en una reunión de la Asociación Mexicana de Periodistas. Y ahora, en Nueva York, me ha tocado la pena de haberlo sabido llegar enfermo, de vuelta en su último viaje a Europa, y de conocer, por personas de mi amistad y de mi familia, su agonía y su muerte. En la funeraria Campbell de la avenida Madison y la calle 81, le dijimos, ante-noche, el último adiós.

En la biblioteca de la Universidad de Columbia me rodean hoy varios de sus libros, y en el archivo del Instituto Hispánico repaso recortes y retratos. Aquí, en el artículo que Antonio Castro Leal le dedicó en 1940 en *Letras de México*, está el apunte que le hizo su discípulo Justino Fernán-

dez. Letras, portadas, líneas, grabados, mapas, bibliografías, retratos, todo nos lleva al pasado suyo, al nuestro y, sobre todo, al de nuestra patria, y nos hace sentir la pérdida que ella, y el arte y las letras, y todos, hemos sufrido con su muerte.

¿Quién de nosotros no tuvo alguna vez en las manos *Las cien mejores poesías líricas mexicanas* que publicó, en colaboración con Antonio Castro Leal y Alberto Vázquez del Mercado? ¿Cuántas veces nos acompañó aquel precioso libro en los corredores de la Preparatoria, en los camiones que nos llevaban o nos traían de la colonia Roma y de la colonia San Rafael, en los atardeceres de las calles de San Ildefonso o en la Plazuela del Carmen?... Los volúmenes de la Editorial Cultura, con los estudios de Manuel Toussaint, lo ligaron para siempre, en nuestra sensibilidad de adolescentes, con Sor Juana Inés de la Cruz, Luis G. Urbina y Enrique González Martínez, regalándonos, en el momento preciso, la discreción, el medio tono, la pureza de la mexicana, y no poco de la más fina de Hispanoamérica y del mundo: Guillermo Valencia, José Asunción Silva, Enrique Federico Amiel... Acababan de aparecer cuando entramos a la llamada *perrera*, de San Pedro y San Pablo, y comenzamos el primer año de Preparatoria. De 1914 a 1920, en pleno fragor de la Revolución Mexicana, habían sido publicados. Era el mensaje que nuestra cultura, viva en medio de las batallas, y vinculada a ella más de lo que a primera vista podría parecer, nos enviaba desde la Universidad Popular donde Manuel Toussaint, y otros de sus contemporáneos, maduraron sus libros. Y, en clases y conferencias, nos señalaban su valor muchos de los buenos maestros de la época, entre los cuales recuerdo ahora a Palma Guillén, a Julio Torri, a Jesús Zavala, a Julio Jiménez Rueda, a Samuel Ramos, a Francisco Monterde, al costarricense Moisés Vincenzi y a Agustín Loera y Chávez, de la Editorial Cultura, quien nos prestaba sus libros entonces y después —cuando fuimos amigos de paseos y conciertos y exposiciones en París— como oro

en paño. No eran los únicos maestros vigilantes, pero son los que en este momento vienen a la cordial memoria.

Las ediciones y los prólogos de Toussaint no sólo nos llevaban a las letras; también a la belleza de la tierra, de la piedra, del color: junto con Sor Juana y con Agustín F. Cuenca, en esos años preparatorianos que vienen de 1921 a 1925, conocimos con él los rincones de España, en sus *Viajes alucinados*, y la obra de Saturnino Herrán y nuestra Catedral Mexicana... Sus estudios no sólo valían como enseñanza estética para la juventud, sino como fragua en la que se templaba el mejor amor a la patria, la admiración por sus artes, el orgullo de su historia, el descubrimiento del mundo maravilloso que nos había dejado el genio y la gracia de los antepasados. Y también como estímulo, que a veces llegaba hasta la ansiedad y las lágrimas: ¿podríamos nosotros, un día, ser como él y como otros de su brillante generación mexicana, y saber tanto como ellos, y ver en libros, junto a los grandes nombres de México y de América, las letras del nuestro? Su delicadeza y su esfuerzo encauzaban así, por el mejor camino, la ambición y la vanidad de la juventud.

Ya en la Escuela de Jurisprudencia, que así se llamaba cuando entramos en ella en 1926, ni la Sociología, ni la Economía Política, ni el Derecho Civil, ni la Teoría General del Derecho, ni ninguna de las asignaturas que cursamos en el primero y en el segundo años, ni tampoco las de París y el universo de tentaciones que en él encontramos, ni menos la más agitada vida universitaria del retorno, en 1930, pudieron impedir o posponer que con Toussaint siguiéramos a la siempreviva Sor Juana y los cuentos del general Vicente Riva Palacio —por curiosa casualidad releía yo este librito cuando el miércoles 16 de este noviembre llegó Toussaint ya casi moribundo, a Nueva York—, y los discursos de don Ignacio Manuel Altamirano, o la arquitectura religiosa de la Nueva España durante el siglo XVI, o las calles de México en su loa sacramental, o el grabado en madera que, también de

la mano de Francisco Díaz de León, nos presentó otra veta del extraordinario mundo propio que ignorábamos.

Luego, en cinco años en España y Francia, y en catorce en los Estados Unidos, así como en las frecuentes vacaciones en México y, por fin, en los tres años de feliz actividad en la patria, tratamos siempre de seguir al maestro de la crítica del arte mexicano e hispanoamericano, al sabio de la historia de nuestra cultura, al erudito del virreinato, al viajero de la arquitectura y de la pintura y de la litografía, al poeta de exquisita y soterrada sensibilidad —tan mexicana—, al hombre consagrado al cultivo, a la contemplación y al estudio de la belleza. No pudimos: su marcha nunca fue apresurada, pero tan constante, que nuestra ausencia física del país, y, sobre todo, nuestra dedicación a otras materias, y los diarios afanes de la vida, nos incapacitaron para conocer y aprovechar toda su noble y ejemplar tarea. Admiramos hasta lo más hondo la lección silenciosa y profunda de Manuel Toussaint, rastreador tan emocionado como seguro de artes y letras, y duele aún más adentro no haberle rendido siquiera el homenaje mínimo de acompañarlo, paso a paso, en su iluminado camino... Pero queda tiempo, a los mexicanos como nosotros, y a nuestro pueblo, para hacer lo que no se hizo. La vida de tiempo para rectificar y mejorar, en tantas cosas, por dentro y por fuera...

Pena pareja a la nuestra, y sin duda más profunda y de mayor alcance, sentirán los amigos que compartieron con Manuel Toussaint el estudio, las investigaciones y los viajes, y la vida cotidiana, el pan y el vino. Estas no son más que las letras de un mexicano que tiene con él una deuda, desde la primera juventud. Igual es la de todos los que tuvieron la bendición de marchar al lado de este artista dulce y sonriente, modesto y tesonero, de cuyo definitivo perfil, de cuyo rostro sereno, ya en la muerte, llevaré la huella hasta la mía.

Me uno a ellos, humildemente, desde la distancia, desde mi escaso conocimiento de la vida y la obra de Manuel Toussaint. Mi oración es reunirme con sus libros, leerlos y

relcerlos, hacer su bibliografía y prepararle un homenaje en el Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia. A sus amigos y colaboradores les queda tarea mayor y de más alcance, que los envidio. Se que están inéditas algunas de sus obras, entre ellas no pocos poemas de Santos Caballero. Derivado este seudónimo de sus apellidos paterno y materno, Toussaint y Ritter, no carece de simbolismo: allí están sus ideales de hombre religioso y recto. Por sus virtudes morales y por haber consagrado la vida al México más esencial y permanente, al realmente eterno, Manuel Toussaint merece bien de la patria. Y se lo dará, sin duda, porque, contra lo que creen los renegados y los violentos, México es un pueblo de raíz y de futuro, de pasado y futuro, que premia a sus buenos hijos.

Nueva York, 1955.



## SILUETA DE DON PEDRO DE ALBA

El maestro Agustín Loera y Chávez, con aire de pertenencia y de generosa donación, le dijo a don Pedro de Alba:

—Aquí lo tiene usted.

Y nos sentamos en el sofá y las butacas de la Dirección de la Escuela Nacional Preparatoria; y tras los circunloquios que no pueden faltar en la charla de tres mexicanos, ni cuando se trata de entrar a combate, ni cuando se trate de entrar en el ciclo, don Pedro nos habló de lo que en ese momento era la Escuela, de lo que quería hacer de ella y de lo que había yo escrito:

—Lo que más me sorprende en usted es esa extraña mezcla de pasión y de madurez... Lo creía menos joven.

Reproduzco el elogio porque se refiere a quien fui entonces, no a quien soy ahora, y porque pinta cómo se acercaba don Pedro a los jóvenes.

Y me encargó que buscara yo a Chema de los Reyes, viejo amigo de clases y alegrías de la Preparatoria, y juntos dieron los pasos para que empezara yo como profesor de historia general en la Nocturna.

“Guapo mozo”, “un muñecón”, me había dicho Gabriela Mistral sobre don Pedro en la Bédarrides de 1929, un año antes de esta escena, cuando creo que lo conocía poco, o quizá sólo a través de su admirada y querida amiga Palma Guillén, mi inolvidable profesora de Preparatoria. (O acaso me lo dijo en Madrid años después, en 1933: guardo la conversación en la cordial memoria, pero, como a todos nos ocurre, no se si confundo los tiempos).

Sí, era un guapo mozo, un muñecón, lo que suena bien en labios femeninos y gloriosos. El cabello gris, profuso y ondulado, tiraba ya a blanco, a pesar de que don Pedro estaba todavía en la juventud de los cuarenta, y destacaba el rostro sonrosado y dulce, dándole una primera apariencia de estampa religiosa o de policromado santo católico. Fuerte y de buena estatura, alto para el promedio mexicano, se movía en pasos y ademanes pausados y elegantes, de muy firme hombría. Pulcro también de ropa, con la viril y sencilla gallardía que el viajero admira en cada rincón de sus Altos de Jalisco, dejaba a la vista del más descuidado observador el sexto sentido que nunca falta al mexicano, el tacto, la medida, nuestra mejor esencia cuando no se desvía a la falsedad o a la malicia, al engaño o a la burla.

No, no se exagera si se dice que don Pedro era un aristócrata por dentro y por fuera. Lo confirmé cuando tiempo después, en Madrid, al anunciarse en los Ministerios de Instrucción y de Estado adonde solía ir, aparecía inevitablemente el funcionario o el ujier llamándolo así:

—El Duque de Alba...

—No, no, no... Sólo Pedro de Alba, y de México...

Don Pedro era más duque que muchos duques. No se si la familia tenga un punto de partida linajudo porque don Pedro, a pregunta muy repetida, siempre contestaba:

—Claro que algo he oído decir a mis parientes... Pero no: familia campesina y provinciana, y numerosísima en Jalisco, en Aguascalientes, en los Altos, en el Bajío, y más allá, en todo México... Esa es mi aristocracia.

Efectivamente, esa era; y la de su bondad, y la de su rectitud. ¿Hay, acaso, otra mejor?...

De facciones regulares y armónicas, ojos tiernos, nariz perfecta, labios delgados, don Pedro se animaba en la conversación hasta la risa, nunca hasta la carcajada. Y casi siempre sonreía, dejando ver dos filas de dientes pequeños, los incisivos de arriba muy separados a la mitad por una ranura, en la que yo decía que fabricaba sus *eses*.

Porque ese era el fonema más frecuente en don Pedro, como lo es en tantos de nuestros compatriotas no costeños. Cuando lo recuerdo, me encuentro con aquella broma no se de quién pero que por primera vez se la oí a Alfonso Reyes, en la que describe el habla del mexicano como un océano de *eses* donde de vez en cuando emerge uno que otro sonido.

—¿Qué hay-Andrés?... —era su manera de saludarme siempre, formando una sola palabra con el verbo y con mi nombre, y, sobre todo, prolongando la *ese* final por varios minutos. Así: —¿Qué hay-Andrésssssssss?...

Y todos sus jóvenes amigos festejábamos que aprovechara los plurales para pensar en las palabras que seguían.

—No tengo preparado nada para el discurso de hoy en el Anfiteatro... —nos decía en cierta ocasión.

Y Manuel Germán Parra, uno de los muchachos más talentosos y de más insinuante agudeza del grupo que se formó a su lado, nos decía a media voz:

—Dígame a *don Peter* que para qué se preocupa... Mientras sostiene sus *eses*, puede preparar el discurso.

Sí por cierto: Manuel Germán, entrañable y constante amigo suyo desde entonces, lo nombraba no sólo *don Peter* sino también, cariñosamente, *Peter*, *Piter* a la inglesa. Y de alguna otra manera de muy buena puntería estudiantil que aún me hace reír, pero que nada tenía de irrespetuosa: aunque lo pareciera: vivíamos en familia y, haciendo honor a la tradición y a don Pedro, en familia campesina y provinciana, en la mejor familia, en familia noble y sencilla.

Esto que digo habla otra vez de su aristocracia: en la finura de don Pedro no había protocolo, empaque ni distancia: había fraternidad, camaradería y calor; pero sin exceso ni abuso de confianza en ninguna de las dos direcciones, ni de arriba abajo, ni de abajo arriba. Hablábamos con él de lo más íntimo, aún de lo más escabroso; pero no recuerdo que hayamos tenido nunca una conversación malsana, ni ha-

berle oído jamás una mala palabra, una maldición, una blasfemia, aunque no le importara que otros las dijeran.

De su origen campesino y provinciano, y quizá de su carrera de médico militar, le venía aquella su masculinidad, bien injertada —hay que insistir— en su auténtica aristocracia. Estoy por decir, aunque no se si acierto pues nunca nos vimos en el campo sino siempre en las ciudades, que algo y mucho le quedaba de hombre de a caballo, de hombre —repetiré una frase que mucho dije en mi primera juventud— con las siete letras de la hombría bien dibujadas.

No le conocí violencia, pero sí indignación contenida ante cualquier hecho infame: se le enrojecían ligeramente los ojos, y los parpadeaba mucho para disimular y como para vencerse; y su bien timbrada o más bien queda voz se le atiplaba hasta que, con repetidas y cortas denegaciones de cabeza, enmudecería por largo rato. No era hombre de pelea, claro está; pero, sin serlo, todos echaban de ver que tampoco era de los que dejan sin contestación la ofensa que la merece, por más que siempre prefiriera y buscara, con su sonrisa y su mirada cordiales, evitarla y tomar el camino de la solución pacífica. Era —ya se sabe y ya se ve— un señor, y todo un hombre.

De sus orígenes campesino, provinciano y militar le venían no solamente las facetas que apunto, sino otra muy significativa que le vi en México, y naturalmente más, en la España anterior a la guerra: su admiración por el heroísmo, por los hombres resueltos a todo. No lo llevó la vida hacia aquél; pero tenía sangre para ser uno de ellos. A todos sus jóvenes alumnos y a todos sus jóvenes profesores nos quiso mucho, pero yo creo que más que a nadie a José Rivera Albarrán, sereno y varonil guanajuatense de Valle de Santiago, hecho para una carrera política de primera fila, mi amigo fiel y generoso, muerto en plena flor de la vida, como el otro generoso y fiel de Ocotlán y París, José Godínez Rivera.

Ellos son los muertos que, con don Pedro, con otros, nos acompañan aquí a toda hora, y que allá, si hay allá, y aunque no lo haya, nos esperan con los hermanos brazos abiertos.

Nueva York, 1961.



## EN LA MUERTE DE ALBERTO REMBAO

### I

El martes 6 de noviembre de 1962 fue el último día que tuve la bendición de la hospitalidad de Alberto y Julieta Rembao, juntos, en su nuevo apartamento de Brodway y Lasalle. De mi clase de literatura hispanoamericana me fuí, como casi todas las semanas, a cenar con ellos. De las siete a las doce de la noche gocé otra vez de su mesa y de su plática. ¡Qué largas horas —pensaba, temía yo— para quien en diciembre del año anterior había sufrido un derrame cerebral que lo dejó afásico, prueba tremenda para el hombre de clara inteligencia, certera palabra y brillante pluma; para quien el último septiembre logró superar nuevamente, con su norteña entereza, otro mortal amago; para quien, enfrentado a la debilidad que lo recluyó en su casa por dos meses, seguía leyendo y charlando, colmado de atenciones menudas y de hondas bondades al amigo de siempre!

Sin decir la tremenda palabra, sin decir adiós, con un sonriente señoreo de sus males, iba suavemente despidiéndose de los que aquí nos quedaríamos por un rato, por unos meses o por unos años más. Me decía cuando Julita, la esposa devota, andaba en las tareas de la cena.

—Venga más seguido, Andrés... no se vaya tan temprano, Andrés... Es sólo media noche, y ya no nos quedan muchas para conversar... No, no, la desvelada no me cansa, me alienta. Para esto no hay remedio, Andrés: el cuerpo ya se acaba, ya se acabó; la muerte está aquí cerca, aquí a

mi lado, ya conmigo. La siento llegar. Y puede llegar cuando quiera: estoy en su espera, y bien dispuesto.

Miraba con más ternura que nunca sus libros, sus revistas, sus papeles. Desde los ventanales de su séptimo piso contemplaba con amor su esquina de Lasalle y Brodway, por donde su heroico paso de trabajador subió todos los días al elevado que teníamos a la vista. Sí, desde allí, en las mañanitas frías, en las noches nevadas, en los mediodías ardientes fue durante treinta años a su antigua oficina de la Quinta Avenida y bajo sus arcos pasó el último año rumbo a la nueva del 475 de Riverside Drive. Y se extasiaba con las lejanas luces blancas y azules del puente de Washington.

—Estoy tranquilo y contento, Andrés... En el balcón tomo el sol por las mañanas, me alegro con el verde del campo de Morningside, repaso mis trabajos en el despacho. ¡Qué bien ha arreglado Julita este apartamento! Ella cree que lo voy a disfrutar por mucho tiempo. No, no es así. Pero queda para ella, que es lo que importa. A tiempo lo adquirimos. Usted y nosotros queremos más el viejo de Claremont Avenue, pero allí ya no podíamos seguir, y menos ella solita. Sí, me voy contento y tranquilo...

—Ya sabe usted: pude terminar el último número de *La Nueva Democracia*. Estaba ya decidido que sería el último. La revista y yo nos vamos juntos. Así está bien. Pero si viviera yo más, aquí si escribiría todo lo que usted quiere, todos mis recuerdos de México, de Chihuahua, de la Revolución.

Saboreaba los “Vencedores” y “Nacionales” que a cada viaje le traía yo de México, paladeaba con medida la buena comida mexicana y española de la compañera de toda la vida, jugaba con el viejo gato “Tanilo”:

—Estos llamados *animales* saben y sienten más de lo que la gente cree... Arisco y bravo, pero me sigue como un perro. Y apenas llegan los buenos amigos, se incorpora a la reunión. Mire cómo lo ve, mire cómo le contesta...

—Usted cuide su cuerpo y su alma, y siga haciendo su trabajo. Yo se que a usted en todo le irá bien. No lo dude.

Chihuahua, Tabasco y todo México palpitan en nuestras pláticas. No había hecho viejo o nuevo de allá, de aquí y del mundo que no comentara con conocimiento, juicio y hondura. Los anaqueles estaban repletos de libros bien ordenados, los escritorios de revistas y periódicos de todas partes y, a la mano, la televisión:

—Pueden ser cosas del diablo, Andrés, pero nosotros podemos hacerlas cosas de Dios.

La muerte de Eleanor Roosevelt, y su entierro, lo conmovieron hasta las lágrimas. No menos la de Francisco Romero.

—Usted sabe cuánto nos queríamos —me dijo.

—Despídame de su buca madre, Andrés. Y dígale a Graciela que allá en México nos veremos. O mejor aquí: que venga pronto. También con ella tengo mucho que hablar. Y a Raúl Noriega escríbale, y cuéntele de mi mala salud... Ahora o después.

En uno de los últimos números de *La Nueva Democracia* reprodujo la silueta de Don Pedro de Alba, que publiqué en *Excélsior*:

—¿Cuándo sale el librito con sus artículos sobre Don Pedro? Ya se acerca su aniversario. Nos vamos yendo todos los de la vieja guardia, Andrés. Ya no están aquí ni Don Ramón Denegri, ni el General Montero Villar, ni Rafael Zubaran Capmany, ni José Miguel Bejarano, ni Jorge Mañach.

Fecha aciaga la del 10 de noviembre: en 1960 cayó Don Pedro de Alba en el recinto de la Unesco, en París; y en 1962, cuatro días después de nuestra última plática, de la plática en que lo evocamos, cayó Alberto Rembao en su hospitalaria casa de Nueva York. Allí lo lloramos su esposa y sus amigos españoles, de Valencia, Carmen y Salvador Seguí; allí y en la Funeraria Williams, con los compatriotas y los hombres de todas las latitudes que tanto lo amaron: allí y en el cementerio Farncliff, donde dijimos

adiós al cuerpo del gran mexicano fiel a su patria, del cristiano leal a lo mejor de la tierra que le dió sepultura, a lo más puro de todas las causas puras de Dios y del hombre.

Más palabras, no puedo, todavía no puedo. No sólo me siento solo, sino desolado. Por eso mi homenaje se reduce hoy a éstas. Y a fragmentos de uno de los tres artículos que escribí en vida suya. No lo quise ni lo admiré menos en ella que ahora, en su muerte.

## II

El doctor Alberto Rembao, escritor y profesor mexicano, de Chihuahua, de muy larga residencia en Nueva York, que no le ha quitado sino que ha acendrado su buena cepa nacional, es miembro del Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia desde hace muchos años. Frecuentemente sustenta conferencias en esta Casa Hispánica, toma parte en las veladas que aquí se dedican a la reseña y crítica de nuevos libros y en los homenajes que se rinden a hispanos e hispanistas ilustres de todo el mundo, y en otras solemnidades. Estudiantes y maestros lo estimamos y lo queremos, entrañablemente, por sus muchos y altos méritos, por su misionera bondad y, además, por su extraordinaria simpatía personal. Es nuestro, es del Instituto, es de la Casa. Y nuestra es la suya, en el número 191 de Claremont Avenue, aledaños de Columbia University en donde a menudo nos reunimos, antes o después de las recepciones que el Instituto organiza en honor de los escritores españoles e hispanoamericanos que pasan por esta ciudad, y siempre que queremos disfrutar de la más auténtica y tradicional hospitalidad mexicana.

—No deje de ver a Alberto Rembao, director de la revista *La Nueva Democracia*. En él tendrá usted otro amigo, y excepcional, porque lo es de todos sus compatriotas, y de cuantos lo conocen, sean mexicanos o no, hospitalario y servicial como hay pocos hombres sobre la tierra. Y usted,

tabasqueño, y él, de Chihuahua, se entenderán a las mil maravillas...

No me sorprendió el pronóstico. La Colonia Roma de los últimos años de mi infancia y de los de mi adolescencia en la capital de México, fue sitio de un interesante experimento: allí coincidimos, de 1919 a 1928 en mi caso, y por más largo tiempo en otros, los hijos del Sureste —tabasqueños y campechanos en mayoría, y yucatecos y chiapanecos en menor número— con los nortecños de Sonora y de Sinaloa. Desde la Calzada de la Piedad de entonces hasta las calles de Monterrey, y desde las de Colima hasta las de Querétaro —en éstas comenzaban los llanos de tantas correrías infantiles, los solares que separaban del Panteón Francés y de la Colonia del Valle— sentaron sus reales familias procedentes de los dos extremos del país. La situación económica de unas y otras era diferente, y la actitud política era antagónica casi sin excepción, por que los del Noroeste eran adictos a los generales Obregón y Calles, y los del Sureste adversarios de los gobiernos de sus Estados y, en consecuencia, del Caudillo y de su sucesor; pero eso no impidió que el *Cine Royal*, en la esquina de Guanajuato y Mérida, fuera el sitio de reunión de los muchachos, ni que el *Centro de Sureste*, y luego el *Círculo Campechano*, así como el *Sonora-Sinaloa* de los grandes bailes, unieran en estrechas amistades a los viejos y en noviazgos y matrimonios a los jóvenes. La escisión delahuertista de 1923 y la serranista de 1927, lejos de entorpecer el trato y el entendimiento, los fortaleció, remezcolando a todos en grupos opuestos, ya de carácter nacional, que rebasaba los marcos pueblerinos. La pasión de la pelca y el dolor y el luto de la tragedia mexicana, de todo el país, los hicieron ya uno, los anudaron en una pieza. El liberalismo en las ideas, la franqueza en la palabra, el sello provinciano y la añoranza de tierras queridas y lejanas, fueron los comunes denominadores de quienes vivían enclavados en un mundo capitalino más virreinal y barroco. Y esa experiencia no paró allí para los estudiantes, sino que fue confirmada en

la Escuela Nacional Preparatoria y en la de Jurisprudencia, donde, por ejemplo, mi más íntimo amigo fue un sonorenses de Sahuaripa, Octavio Rivera Soto, y en la polémica universitaria de la Confederación Nacional de Estudiantes, donde, casi siempre, hicimos causa común los tropicales con los estudiantes de Sonora y Sinaloa, y de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, hasta la fundación de cariños fraternales y lazos familiares para toda la vida.

Lo primero que hizo Rembao cuando nos encontramos aquí en Nueva York, fue invitarme a cenar a su casa; y lo primero que me dijo en la sobremesa, tras de la plática diversa que todo hijo de México despliega antes de llegar al grano:

—Con la beca de México no le alcanzará para vivir y estudiar. Si usted quiere, entretanto encuentra un buen empleo, puede venirse a vivir a mi casa, donde han vivido a gusto otros amigos. Es pequeño mi apartamento, pero cómodo: aquí lo ve... Y buen empleo lo encontrará, lo encontraremos juntos, no le quepa duda: en Nueva York el que quiere trabajar, trabaja...

De entonces parte la amistad, ya de casi veinte años, de los dos matrimonios, firme y constante, de cerca y de lejos, en toda clase de circunstancias. No nos cambiamos a su casa, pero en cierta forma hemos vivido en ella, con ellos, porque las visitas mensuales fueron haciéndose semanales y, en época de vacaciones suyas o nuestras, menudearon hasta llegar a ser diarias.

La casa de Alberto Rembao no merece menos alabanza que el hombre. En ella se aprende que el “está usted en su casa” y el “ésta es su casa” no son simples fórmulas mexicanas: su espíritu y su aire, su pan y su vino, sus libros y sus cosas, todo lo tangible y lo intangible, son, íntegramente, de sus huéspedes. Se siente uno en ella, sin limitación alguna, como en la de los padres, como en la de los hijos, como en la de los hermanos: cuando se llega a Nueva York, es la primera a la que se va; cuando uno se marcha, es la última que se deja, hasta el último minuto; cuando está

uno lejos —aún cuando se viva en la nuestra, en la propia y grande, en la tierna y encantada que es todo México, o en la de los amigos fraternales de Cuba y Venezuela— es la que todos los días se echa de menos; y cuando los Rembao son los que se van y nosotros los que nos quedamos, como ahora que él ejerce el profesorado por ocho meses en el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas, es por su casa cerrada que a toda hora sentimos una desazón y un vacío en el alma.

Don Quijote gastaba en comer las tres partes de su hacienda, dice Cervantes, o las tres cuartas partes, como diríamos hoy. ¿Cuánto los Rembao?... Poquito menos que las cuatro cuartas partes; pero no en ellos, sino en agasajo de los demás: Ni lujo en muebles, ni en cortinajes, ni en vajillas; ni elegancia en ropas; ni acumulación en la cuenta de ahorros, o sacrificios en los seguros de vida, o inversión en propiedades y valores; ni despendio en viajes, en paseos, en espectáculos; ni cuota para la sensualidad de la calle... No hay la frivolidad de aparentar, ni la ambición de tener, ni el terror de envejecer en este matrimonio que ha encontrado la dicha de estar en comunión con cuantos necesitan consuelo, comprensión, estímulo, alegría y amor. Todos, desde los que disfrutaban de la aureola del mando, del dinero o de la fama —el alto jerarca de la política, el acaudalado de bienes materiales, el triunfador en la vida intelectual— hasta los que sufren persecución de la justicia y de la injusticia, o difamación y calumnia, o pobreza y hambre y frío, o miedo y angustia, o apetitos frustrados y ruines odios, o pasiones sectarias y remordimientos de conciencia, todos han recibido el bien, muchos sin darse cuenta, o dándosela a medias, o cabalmente, de estos ricos de verdad que son Julia y Alberto Rembao.

El, Chihuahuense, y ella, aragonesa crecida en la California norteamericana, mexicanizada por su matrimonio y remexicanizada por su larga estancia en Guadalajara y por las repetidas visitas a nuestra patria, saben lo que es gozar

y servir, ser felices legítima y doblemente. No hay criados, porque no hacen falta, porque, en verdad, sobran. La cena se sirve a las siete, pero también a las diez, a las once, a medianoche, para los que vienen de vidas donde no se conoce el afán diario ni el reloj. No falta antes la buena botana de México ni la sabrosa tapa andaluza, sopes y garnachas o almejas y anchoas que llevan por el olfato y el gusto a los mundos añorados. El caldo gallego o la sopa de tortuga, las judías con chorizo o el caldo de frijoles negros, el bacalao al pilpil o el mole de Puebla, la paella valenciana o el coloradito de Oaxaca, los callos a la madrileña o el mondongo a la campechana, las sardinas gallegas o los camarones de Mazatlán, los chanquetes de Málaga o los charales de Pátzcuaro, la pierna de cordero o el *palomilla* encobollado, el besugo o el pámpano y toda la gama del maravilloso injerto de España en las culturas indígenas del buen pan trigueño y de la blanca y la tostada tortilla de maíz... El gran conocedor de dulces virreinales que es el dueño de la casa, siempre olvidado de sí mismo por complacer a los demás, peca en alguna ocasión de gula patriótica cuando alguien le lleva la miel de los chongos zamoranos, en modesta reciprocidad a los manjares y pasteles y golosinas que fabrica la diestra mano de la esposa. Se conversa animadamente en la mesa, siempre en el fiel de la balanza de urbanidad que viene de siglos y cuya receta no se aprende en ningún manual; y tras del café se pasa a la sala contigua, donde toman vuelo las cordiales polémicas sobre cuanto hay de humano y de divino, de política y letras, de letras y filosofía, de filosofía y teología... Católicos, judíos, mahometanos, protestantes, ateos, jacobinos, materialistas y espiritualistas comparten la sal y la gracia de los Rembao. Nadie pone furia, ni maledicencia, ni esnobismo, ni propaganda, ni partido en la plática; y cuando alguien llega a ponerlas, se deshacen en el aire de la fraternidad. Lo que nos queda a todos, para siempre, es la huella de haber estado con cristianos auténticos.

Y ya cuando la noche se hace vieja, y algún ocupado, o algún formulista, o algún remilgoso, o algún cansado insinúa la partida, no se cómo se las arreglan los anfitriones para alargar la hebra cortada, pues todos, hasta los que tienen que irse, se arrellenan nuevamente en sus asientos, y sigue la charla hasta la madrugada. De pronto aparecen nuevos antojos mexicanos, chirriantes, olorosos, y empieza nuevo capítulo, con la pena de saber que tenemos que empeñarnos, contra nuestra voluntad, en que sea el epílogo. Jamás lo harán sentir los dueños de la casa, que son los únicos que han trabajado, y a quienes espera el trajín que tras de sí dejan los invitados y, al día siguiente, la mañanita fría, el *subway* de largas distancias, la oficina y la revista de los que ganan el pan con el sudor de su frente. Y si va a ser sábado, y aún si va a ser domingo, el artículo pendiente, el libro en marcha y las traducciones que redondean el presupuesto de quienes dan lo que tienen y lo que van a tener.

Así se opera en Nueva York, en la coincidencia de una rica fe moral con legendarias raíces de hospitalidad mexicana, la catarsis de la que se sale limpio del alma y contento del cuerpo. Cada quien ha dicho, sin ambajes, lo que ha querido; cada quien ha conversado, en grupo o en apartes, como le place; cada quien ha hecho de su capa un sayo. . . Allí es donde los hombres más distantes se han puesto de acuerdo alguna vez, que es el camino para estarlo, mañana, en alguna otra, trascendental; allí donde se ha aprendido que no todo es malo en el llamado enemigo, en el creído odiador; allí donde han quedado eliminados por un rato, pero ya un poco para siempre, los escalones y las barreras de las jerarquías externas y superficiales. La bondad misionera descubre y saca a flote la de los demás hombres, a veces escondidas en los más oscuros repliegues.

Nacido Alberto Rembao en la capital de Chihuahua en 1895 —en su libro *Chihuahua de mis amores* presenta fieles

y agudas estampas de su infancia—; de familia rebelde a la Dictadura del General Porfirio Díaz; estudiante del Instituto del Estado de 1910 a 1912; mutilado en el campo de batalla, siendo teniente, al despuntar su adolescencia, en 1913 —muchos de sus recuerdos están en su novela *Lupita*, publicada en inglés y en español—; estudiante otra vez, ahora en California y por su propio esfuerzo, después de vencer y aprovechar duras penalidades en la Alhambra High School, en Pomona College y en la Universidad de Berkeley, de 1916 a 1924; y luego, ya entregado a su vocación religiosa, en la Pacific School of Religion de 1924 a 1927, cambió la costa occidental de los Estados Unidos por la oriental, para estudiar, de 1927 a 1928, en la Universidad de Yale, y para ejercer la enseñanza y el periodismo en los Estados del Este y en Nueva York. Aquí ha dirigido *La Nueva Democracia*, que recoge y distribuye voces hispano-americanas de todos y por todos nuestros países, desde 1930 a la fecha; y desde aquí ha colaborado en la prensa norteamericana, en la hispana de los Estados Unidos y en la de toda Hispanoamérica. Mucho ha viajado por este país y por México —donde también ha ejercido el profesorado— y por Cuba, en donde ahora se encuentra; por España, Inglaterra, Francia e Italia, en 1932 y 1934; por el Brasil, la Argentina y el Uruguay, en 1945; por Chile, el Perú y el Ecuador, en 1946; y por Santo Domingo, en 1952. Mención especial merece su viaje a la India, en 1938 —donde fue huésped de Mahatma Ghandi, sobre quien ha escrito muy valiosas páginas— que le permitió conocer el Asia y tocar otra vez, de paso, Europa...

x X x

Con la seguridad en la bondad humana, con el amor a su pueblo, al que sirve y honra, Alberto Rembao nos ha hecho vivir a México, todos los días, sin pesimismo ni esceptismos mutiladores, en el aire universal de Nueva York.

Nueva York, 1956.

## I N D I C E

	Pág.
Don Francisco I. Madero .....	5
Elogio de don Luis Cabrera .....	9
Ha muerto don Adolfo de la Huerta .....	15
Semblanza de don Isidro Fabela .....	23
Amado Nervo en sus cartas .....	29
Adiós a don Enrique González Martínez .....	35
Retrato de Rubén Romero .....	43
En la muerte de Manuel Toussaint .....	51
Silucta de don Pedro de Alba .....	57
En la muerte de Alberto Rembao .....	63



**PUBLICACIONES DEL BOLETIN BIBLIOGRAFICO  
DE LA SECRETARIA DE HACIENDA**

- 1.—**Manuel J. Sierra.**—(Hemerografía 1924-1964).—Por Carlos J. Sierra. 108 pp. México, 1964.
- 2.—**José Camacho Morales.**—(Hemerografía 1945-1958).—Por Rogelio Rivera. 114 pp. México, 1964.
- 3.—**José Vasconcelos.**—(Hemerografía 1911-1959).—Por Carlos J. Sierra. 117 pp. México, 1965.
- 4.—**Contenido literario de "El Siglo Diez y Nueve".**—Por Malcolm D. McLean. 357 pp. México, 1965.
- 5.—**Andrés Iduarte Foucher.**—(Hemerografía 1921-1963).—Por Carlos J. Sierra. 41 pp. México, 1965.
- 6.—**Manuel Romero de Terreros.**—Bibliohemerografía.— Por José Miguel Quintana. 51 pp. México, 1965.
- 7.—**Tadeo Ortiz de Ayala.**—(Viajero y Colonizador).—Por Carlos J. Sierra. 115 pp. México, 1965.
- 8.—**Una biografía mexicana sobre la Navidad.**—Por Luis Rublío. 51 pp. México, 1965.
- 9.—**José María Mora.**—Rector intelectual del liberalismo mexicano.—Por Jorge Flores D. 37 pp. México, 1966.
- 10.—**Documentos sobre la Intervención y el Imperio en Campeche, Chiapas, Oaxaca, Puebla, Tabasco, Veracruz y Yucatán.**—Por Carlos J. Sierra. 236 pp. México, 1966.
- 11.—**Notas de economía regional.—Agricultura, Colonización y Vías Férreas.** Campeche. 1857-1910.—Por Carlos J. Sierra. 53 pp. México, 1966.
- 12.—**Bibliohemerografía de Luis Chávez Orozco.**—Por Carlos J. Sierra. 80 pp. México, 1966.
- 13.—**Sahagún y los refranes de los antiguos mexicanos.**—Por Luis Rublío. 85 pp. México, 1966.
- 14.—**Poesías y prosas desconocidas de Salvador Díaz Mirón.**—Por Pedro Caffarel Peralta. 53 pp. México, 1967.
- 15.—**Zapata, Señor de la Tierra, Capitán de Labriegos.**—Por Carlos J. Sierra. 91 pp. México, 1967.
- 16.—**Guillermo Prieto.**—Notas para una bibliografía.—Por Malcolm D. McLean. 399 pp. México, 1967.
- 17.—**Dimensión Internacional de la Victoria de la República.**—Por Carlos J. Sierra. 194 pp. México, 1967.
- 18.—**Breve Historia de la Navegación en la Ciudad de México.**—Por Carlos J. Sierra. 108 pp. Ilus. México, 1968.

- 19.—**Antonio Caso y su Impacto Cultural en el Intelecto Mexicano.**—Por Delia Leonor M. Sutton. 105 pp. México, 1971.
- 20.—**A 50 años de la Ley del Centenario.**—Por Carlos J. Sierra y Rogelio Martínez Vera. 70 pp. México, 1971.
- 21.—**Vida y Obras de Ermilo Abreu Gómez.**—Por Cecilia Silva de Rodríguez. 132 pp. México, 1971.
- 22.—**El Resguardo Aduanal y la Gendarmería Fiscal 1850-1925.**—Por Carlos J. Sierra y Rogelio Martínez Vera.

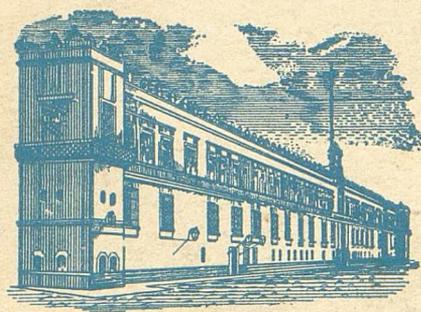
Se terminó de imprimir el 22 de  
septiembre de 1971 en los Talleres  
de Impresión de Estampillas y  
Valores. La edición estuvo al cui-  
dado del Sr. Jesús Arvizu Llano  
y del Lic. Carlos J. Sierra. Justi-  
ficación de la tirada: 1,000 ejem-  
plares.











1970-1976

NT: 105202